

JULIO VERNE

**LA VUELTA AL MUNDO
EN 80 DÍAS**

LA VUELTA AL MUNDO EN 80 DÍAS
Julio Verne

Capítulo primero

En el año 1872, la casa número 7 de Saville-Row, Burlington Gardens estaba habitada por Phileas Fogg, uno de los miembros más notables y singulares del Reform Club de Londres. Era un personaje enigmático de los más cumplidos *gentlemen* de la alta sociedad inglesa. Inglés de pura cepa, no era ni industrial, ni mercader, ni agricultor.

Phileas Fogg era miembro del Reform-Club, y nada más.

¿Era rico Phileas Fogg? Indudablemente. Cómo había realizado su fortuna, nadie lo sabía. No derrochaba, tampoco era avaro, porque en cualquier parte donde faltase auxilio para una cosa noble, útil o generosa, solía prestarlo con sigilo y anonimato. Llevaba su vida al día; siempre lo mismo, de tan matemático modo, que la imaginación descontenta buscaba algo más allá.

¿Había viajado? Era probable, porque conocía el mapamundi mejor que nadie. Sin embargo, desde hacía años Phileas Fogg no había dejado Londres. Diariamente salía de su casa al club en donde leía los periódicos y jugaba al *whist*. Solía ganar a ese silencioso juego, tan apropiado a su natural carácter, estos beneficios siempre iban destinados a la caridad. Para él, el juego era un combate, una lucha contra una dificultad; pero lucha sin movimiento y sin fatigas.

Nadie sabía que tuviese mujer ni hijos, ni parientes ni amigos. Phileas Fogg vivía solo en su casa de Saville-Row. Un criado único le bastaba para su servicio. Almorzando y comiendo en el club a horas cronométricamente determinadas, en el mismo comedor, en la misma mesa y solo. Volvía a su casa para acostarse a la media noche exacta. En casa, Phileas Fogg exigía de su único criado una regularidad y una puntualidad extraordinarias. Aquel mismo día, 2 de octubre, Phileas Fogg había despedido a James Foster, por el enorme delito de haberle llevado el agua para afeitarse a un grado más de lo convenido y esperaba a su sucesor, que debía presentarse entre once y once y media.

En aquel momento llamaron a la puerta de la habitación que ocupaba Phileas Fogg.

El despedido James Foster apareció y dijo:

—El nuevo criado.

Un mozo de unos 30 años se dejó ver y saludó.

—¿Sois francés y os llamáis John? —Le preguntó Phileas Fogg.

—Jean, señor —respondió el recién venido—. Jean Passepartout¹, apodo que me ha quedado y que justifica mi natural aptitud para salir de todo apuro. Creo ser honrado, aunque, a decir verdad, he tenido varios oficios. He sido cantor ambulante, artista de circo luego, profesor de gimnasia, y por último, sargento de bomberos en París, y aún tengo en mi hoja de servicios algunos incendios notables. Pero hace cinco años que he abandonado Francia para experimentar la

¹Jean Passepartout. "Passepartout" literalmente significa "ganzúa". Es el apodo que se le da a un criado avisado que tiene habilidad para salirse de cualquier apuro.

vida doméstica, soy ayuda de cámara en Inglaterra. Ahora estoy sin empleo y he sabido que el señor Phileas Fogg era el hombre más exacto y sedentario del Reino Unido, me he presentado en casa del señor, esperando vivir con tranquilidad y olvidar hasta el apodo de Passepartout.

— Passepartout me conviene —respondió el *gentleman*—. Me habéis sido recomendado. Tengo buenos informes sobre vuestra conducta. ¿Conocéis mis condiciones?

—Sí, señor.

—Bien. ¿Qué hora tenéis?

—Las once y veintidós —respondió Passepartout, sacando de las profundidades del bolsillo de su chaleco un enorme reloj de plata.

—Vais atrasado.

—Perdóneme el señor, pero es imposible.

—Vais cuatro minutos atrasado. No importa. Basta con hacer constar la diferencia. Conque desde este momento, las once y veintinueve de la mañana, hoy miércoles 2 de octubre de 1872, entráis a mi servicio.

Dicho esto, Phileas Fogg se levantó, tomó su sombrero y desapareció sin decir palabra.

Passepartout oyó por primera vez el ruido de la puerta que se cerraba; era su nuevo amo que salía; luego, escuchó por segunda vez el mismo ruido; era James Foster que se marchaba también.

Passepartout se quedó solo en la casa de Saville-Row.

Capítulo II

— ¡Qué hombre! —Decía para sí Passepartout algo aturdido al principio— Es imperturbable, siempre con la misma expresión!

Durante la entrevista, Passepartout había examinado rápida pero cuidadosamente a su amo futuro. Era un hombre que podía tener unos cuarenta años, de figura noble y arrogante, alto de estatura, sin que lo afease cierta ligera obesidad, de pelo rubio, frente tersa y sin señal de arrugas en las sienes, rostro más bien pálido que sonrosado, dentadura magnífica, sereno y flemático. Visto en los diferentes actos de su existencia, este *gentleman* despertaba la idea de un ser bien equilibrado en todas sus partes, proporcionado con precisión, y tan exacto como un cronómetro.

Passepartout era un guapo chico de amable fisonomía y labios salientes, Tenía azules los ojos, animado el color, la cara suficientemente gruesa para que pudieran verse sus mismos pómulos, ancho el pecho, fuertes las caderas, vigorosa la musculatura, y con una fuerza hercúlea que los ejercicios de su juventud habían desarrollado admirablemente. Sus cabellos castaños estaban algo enredados.

Decir si este muchacho podía avenirse con Phileas Fogg, es cosa que prohíbe la prudencia elemental. ¿Sería Passepartout ese criado exacto hasta la precisión que convenía a su dueño? La práctica lo demostraría.

Passepartout, revisó la casa en la que iba a vivir, limpia y arreglada, le gustó.

En cuanto al guardarropa del señor, estaba perfectamente arreglado. Cada pantalón, levita o chaleco tenía su número de orden, reproducido en un libro de entrada y salida, que indicaba la fecha en que, según la estación, cada prenda debía ser llevada; reglamentación que se hacía extensiva al calzado.

—¡No me disgusta! ¡Ya di con lo que me conviene! Nos entenderemos perfectamente mister Fogg y yo. ¡Un hombre casero y arreglado! ¡Una verdadera maquina! No me desagrada servir a una máquina.

Capítulo III

Phileas Fogg se dirigió hacia el Reform-Club, pasó al comedor, tomó asiento y almorzó. A las doce y cuarenta y siete de la mañana, este *gentleman* se levantó y se dirigió al gran salón, allí un criado le entregó el "Times". La lectura de los periódicos ocupó a Phileas Fogg hasta las tres y cuarenta y cinco, hora en la que comió.

Media hora más tarde, varios miembros del Reform-Club iban entrando y se acercaban a la chimenea encendida con carbón de piedra. Eran los compañeros habituales de juego de mister Phileas Fogg, decididamente aficionados al *whist* como él: el ingeniero Andrés Stuart, los banqueros John Sullivan y Samuel Falientin, el fabricante de cervezas Tomás Flanagan, y Gualterio Ralph, uno de los administradores del Banco de Inglaterra.

—Decidme, Ralph —preguntó Tomás Flanagan—, ¿a qué altura se encuentra ese robo?

—Espero que se logrará dar con el ladrón —dijo Gualterio Ralph—Se han enviado inspectores de policía a todos los principales puertos de embarque y desembarque de América y Europa, y le será muy difícil a ese caballero poder escapar.

—Pero, ¿se conoce quien puede ser el ladrón? —preguntó Andrés Stuart.

—El "*Morning Chronicle*", asegura que es un *gentleman*.

El que daba esta respuesta, no era otro que Phileas Fogg, que saludó a sus compañeros, que le devolvieron la cortesía.

Hacían referencia al robo realizado tres días antes, el 29 de septiembre. Un legajo de billetes de banco que formaba la enorme cantidad de cincuenta y cinco mil libras, había sido sustraído de la mesa del cajero principal del Banco de Inglaterra.

Fue un golpe sencillo. En el banco no hay ni hay guardianes, ni ordenanzas, ni redes de alambre. El oro, la plata, los billetes, están expuestos libremente, y, por decirlo así, a disposición del primero que llegue. Para un banco inglés, sería indigno sospechar acerca de la caballerosidad de cualquier transeúnte. Sin embargo, el 29 de septiembre un legajo de billetes de banco desapareció.

Una vez reconocido el robo, agentes "detectives" elegidos entre los más hábiles, fueron enviados a los puertos principales, a Liverpool a Glasgow, a Brindisi, a Nueva York, etc. , bajo la promesa, en caso de éxito, de una prima de dos mil libras y el cinco por ciento de la suma que se recobrase.

Este suceso estaba en boca de toda Inglaterra.

—Sostengo —dijo Andrés Stuart— que el ladrón habrá escapado fuera del país.

—¿Y adónde queréis que vaya?

—No lo sé —respondió Andrés Stuart—, pero me parece que la Tierra es muy grande.

—Antes sí lo era... —dijo a media voz Phileas Fogg; añadiendo después y presentando las cartas a Tomás Flanagan.

—¡Cómo que antes! ¿Acaso la Tierra ha disminuido? —preguntó Andrés Stuart.

—Sin duda que sí —respondió Gualterio Ralph—. Opino como mister Fogg. La Tierra ha disminuido, puesto que se recorre hoy diez veces más aprisa que hace cien años. Y esto es lo que, en el caso de que nos ocupamos, hará que las pesquisas sean más rápidas.

—Y que el ladrón se escape con más facilidad.

Pero el incrédulo Stuart no estaba convencido, y dijo al concluirse la partida:

—Hay que reconocer que habéis encontrado un chistoso modo de decir que la Tierra se ha empequeñecido. De modo que ahora se le da vuelta en tres meses...

—En ochenta días tan sólo —dijo Phileas Fogg.

—En efecto, señores —añadió John Sullivan—, ochenta días, desde que la sección entre Rothal y Altahabad ha sido abierta, y he aquí el cálculo establecido por el "*Morning Chronicle*".

De Londres a Suez por el Monte Cenis
y Brindisi, ferrocarril y vapores 7

De Suez a Bombay, vapores 18

De Bombay a Calcuta, ferrocarril 8

De Calcuta a Hong-Kong (China), vapores 13

De Hong-Kong a Yokohama (Japón), vapor 6

De Yokohama a San Francisco, vapor 22

De San Francisco a Nueva York, ferrocarril 7

De Nueva York a Londres, vapor y ferrocarril 9

TOTAL 80

—¡Sí, ochenta días! —exclamó Andrés Stuart, quien por inadvertencia cortó una carta mayor—. Pero eso sin tener en cuenta el mal tiempo, los vientos contrarios, los naufragios, los descarrilamientos, etc.

—Contando con todo —respondió Phileas Fogg siguiendo su juego, porque ya no respetaba la discusión el *whist*.

Andrés Stuart, a quien tocaba dar, recogió las cartas, diciendo:

—Teóricamente tenéis razón, señor Fogg; pero en la práctica...

—En la práctica también, señor Stuart.

—Quisiera verlo.

—Sólo depende de vos. Partamos juntos.

—¡Líbreme Dios! Pero bien, apostaría cuatro mil libras a que semejante viaje, hecho con esas condiciones, es imposible.

—Muy posible, por el contrario —respondió Fogg.

—Pues bien, hacedlo.

—¿La vuelta al mundo en ochenta días?

—Sí.

—No hay inconveniente.

—¿Cuándo?

—En seguida. Os prevengo solamente que lo haré a vuestra costa.

—¡Es una locura! —Exclamó Andrés Stuart, que empezaba a resentirse por la insistencia de su compañero de juego—. Más vale que sigamos jugando.

Andrés Stuart recogió otra vez las cartas con mano febril, y de repente, dejándolas sobre la mesa, dijo:

—Pues bien, sí, mister Fogg, apuesto cuatro mil libras...

—Aceptado —dijo Fogg: y luego, volviéndose hacia sus compañeros, añadió—: Tengo veinte mil libras depositadas en el banco. De buena gana las arriesgaría.

—¡Veinte mil libras! —Exclamó John Sullivan—. ¡Veinte mil libras, que cualquier tardanza imprevista os puede hacer perder!

—No existe lo imprevisto —respondió sencillamente Phileas Fogg.

—¡Pero, mister Fogg, ese transcurso de ochenta días sólo está calculado como mínimo! Tendrá que saltar matemáticamente de los ferrocarriles a los vapores y de los vapores a los ferrocarriles.

—Saltaré matemáticamente.

— Bien, aceptamos la apuesta —respondieron los señores Stuart, Falletín, Sullivan, Fianagan y Ralph después de haberse puesto de acuerdo.

—Bien —dijo Fogg. El tren de Dover sale a las ocho y cuarenta y cinco. Lo tomaré.

—¿Esta misma noche? —preguntó Stuart.

—Esta misma noche —respondió Phileas Fogg—. Por consiguiente— añadió consultando un calendario del bolsillo—: puesto que hoy es miércoles 2 de octubre deberé estar de vuelta en Londres, en este mismo salón del Reform-Club, el sábado 21 de diciembre a las ocho y cuarenta y cinco minutos de la tarde. He aquí un cheque por veinte mil libras.

Se levantó acta de la apuesta, firmando los seis interesados. Phileas Fogg había permanecido sereno.

Daban entonces las siete. Se ofreció a mister Fogg la suspensión del juego para que pudiera hacer sus preparativos de marcha.

—¡Yo siempre estoy preparado! —Respondió el impasible caballero; y dando las cartas, exclamó—: Vuelvo oros. A vos os toca salir, señor Stuart.

Capítulo IV

A las siete y veinticinco, Phileas Fogg, después de haber ganado unas veinte guineas al *whist*, se despidió de sus honorables colegas y abandonó el Reform-Club. A las siete y cincuenta abrió la puerta de su casa y entraba.

— Passepartout —llamo mister Fogg

Passepartout no respondió, porque no creyó que pudieran llamarlo. No era la hora.

— Passepartout —repuso mister Fogg sin gritar más que antes.

Passepartout apareció.

—Es la segunda vez que os llamo —dijo el señor Fogg.

—Pero no son las doce —respondió Passepartout sacando el reloj.

—Lo sé. Partimos dentro de diez minutos para Dover y Calais.

Al rostro redondo del francés asomó una especie de mueca. Era evidente que había oído mal.

—¿El señor va a viajar? —preguntó.

—Sí —respondió Phileas Fogg—. Vamos a dar la vuelta al mundo.

Passepartout, con los ojos excesivamente abiertos, los párpados y las cejas en alto, los brazos caídos, el cuerpo abatido, ofrecía entonces todos los síntomas del asombro llevado hasta el estupor.

—¡La vuelta al mundo! —dijo entre dientes.

—En ochenta días —respondió mister Fogg—. No tenemos un momento que perder.

—¿Y el equipaje? —dijo Passepartout, moviendo, sin saber lo que hacía, su cabeza de derecha a izquierda y viceversa.

—No hay equipaje. Sólo un saco de noche. Dentro, dos camisas de lana, tres pares de medias, y lo mismo para vos. Ya compraremos en el camino. Llevad buen calzado. Por lo demás, andaremos poco o nada. Vamos.

Passepartout hubiera querido responder, pero no pudo. Salió del cuarto de mister Fogg, subió al suyo, cayó sobre una silla, y empleando una frase vulgar de su país dijo para sí:

—¡Esto sí que es... ! ¡Yo que quería estar tranquilo!

Y maquinalmente hizo sus preparativos de viaje. ¡La vuelta al mundo en ochenta días! ¿Estaba su amo loco? No... ¿Era broma? Si iban a Dover, bien. A Calais, conforme. Incluso si llegara a París porque un *gentleman* tan economizador de sus pasos se detendría allí... Sí, indudablemente; ¡pero no era menos cierto que partía, que se movía ese *gentleman*, tan casero hasta entonces!

A las ocho, estaban listos. Mister Fogg llevaba debajo del brazo el "*Brandshaw's Continental Railway, Steam Transit and general Guide*", que debía suministrar todas las indicaciones necesarias para el viaje. Tomó el saco de las manos de Passepartout, lo abrió, y deslizó en él un paquete de esos hermosos billetes de banco que corren en todos los países.

—¿No habéis olvidado nada? —preguntó.

—Nada, señor.

—Bueno; tomad este saco.

Mister Fogg entregó el saco a Passepartout.

—Y cuidadlo —añadió—. Hay dentro veinte mil libras.

Por poco se escapó el saco de las manos de Passepartout, como si las veinte mil libras hubieran sido oro y pesado considerablemente.

El amo y el criado bajaron entonces, y la puerta de la calle se cerró con doble vuelta.

A la extremidad de Saville-Row había una parada de coches. Phileas Fogg y su criado montaron en uno y se dirigieron rápidamente a la estación.

A las ocho y veinte, llegaron a la estación. Passepartout se apeó. Su amo le siguió y pagó al cochero.

En aquel momento, una pobre mendiga con un niño de la mano, se acercó a mister Fogg y le pidió limosna.

Mister Fogg sacó del bolsillo las veinte guineas que acababa de ganar al juego, y dándoselas a la mendiga, le dijo:

—Tomad, buena mujer, me alegro de haberos encontrado.

Y pasó de largo.

Passepartout tuvo como una sensación de humedad alrededor de sus pupilas. Su amo acababa de dar un paso dentro de su corazón.

Mister Fogg y él entraron en la gran sala de la estación. Allí, Phileas Fogg dio a Passepartout la orden de tomar dos billetes de primera para París, y después, al volverse, se encontró con sus cinco amigos del Reform-Club.

—Señores, me voy; y como he de visar mi pasaporte en diferentes puntos, eso os servirá para comprobar mi itinerario.

—¡Oh, mister Fogg —respondió cortésmente Gualterio Ralph— es inútil! ¡Nos bastará vuestro honor de caballero!

—Más vale así —dijo mister Fogg. Hasta la vista, señores.

A las ocho y cuarenta, Phileas Fogg y su criado tomaron asiento en el mismo compartimiento. A las ocho y cuarenta y cinco resonó un silbido, y el tren se puso en marcha.

La noche estaba oscura. Caía una lluvia menuda. Phileas Fogg, no hablaba. Passepartout, atolondrado todavía, oprimía maquinalmente sobre sí el saco de los billetes de banco.

Pero el tren no había pasado aún de Sydenham cuando Passepartout dio un verdadero grito de desesperación.

—¿Qué sucede? —Preguntó mister Fogg.

—Que... en mi precipitación... en mi turbación... he olvidado...

—¿Qué?

—¡Apagar el gas de mi cuarto!

—Pues bien, muchacho —respondió fríamente mister Fogg—, ese gasto correrá por cuenta vuestra.

Capítulo V

Phileas Fogg, al dejar Londres, no sospechaba, sin duda, el ruido grande que su partida iba a provocar. En pocos días todo el Reino Unido supo de su aventura.

Esta cuestión de la vuelta al mundo se comentó, se discutió con pasión. Unos a favor y otros en contra. Realizar esta vuelta al mundo con los actuales medios de comunicación, era no solamente imposible: era insensato. Al cabo de

unos días el interés desapareció cuando el director de la policía metropolitana recibió un telegrama así concebido:

Suez a Londres.

Rowan, director policía administración central, Scotland Yard.

Sigo al ladrón del banco, Phileas Fogg. Enviad sin tardanza mandato de prisión a Bombay, (India Inglesa).

FIX, detective.

El efecto de este telegrama fue inmediato. El honorable *gentleman* desapareció para dejar sitio al ladrón de billetes de banco. Su fotografía, depositada en el Reform-Club con las de sus colegas, fue examinada. Todos recordaron lo que tenía de misteriosa la existencia de Phileas Fogg, su aislamiento, su partida repentina, y pareció evidente que este personaje, pretextando un viaje alrededor del mundo y apoyándose en una apuesta insensata, no tenía otro objeto que hacer perder la pista a los agentes de la policía inglesa.

Capítulo VI

He aquí las circunstancias que ocasionaron el envío del telegrama concerniente al señor Phileas Fogg.

El miércoles 9 de octubre se aguardaba, para las once de la mañana, en Suez, el paquebote "*Mongolia*", vapor de hierro, de hélice y entrepuente. Hacía sus viajes con regularidad desde Brindisi a Bombay por el canal de Suez y era uno de los de mayor velocidad de la Compañía. Aguardando la llegada del "*Mongolia*", dos hombres se paseaban en el muelle en medio de la multitud de indígenas y de extranjeros que afluyen a aquella ciudad. Uno era el agente consular del Reino Unido y el otro era Fix, uno de los detectives ingleses enviados después del robo al Banco de Inglaterra.

Debía este Fix vigilar con el mayor cuidado a todos los viajeros que tomasen el camino de Suez, y, si uno de ellos parecía sospechoso, seguirlo, pedir una orden de apresamiento y apresararlo.

—¿ El *Mongolia* viene directamente de Brindisi? —Preguntó Fix.

—Del mismo Brindisi, de donde ha salido el sábado a las cinco de la tarde. Tened paciencia, pues, porque no puede tardar en llegar. Pero no sé cómo, por las señas que habéis recibido, podréis reconocer a vuestro hombre si está a bordo del "*Mongolia*".

—Señor cónsul —respondió Fix—, esas gentes las sentimos más bien que las reconocemos. Hay que tener olfato policial. Si está en el barco, no se me escapará.

—Lo deseo, señor Fix, porque se trata de un robo importante.

Mientras andaba por entre toda aquella gente, Fix, por hábito de su profesión, estudiaba con rápida mirada el semblante de los transeúntes.

Eran entonces las diez y media.

—¿Cuánto tiempo ha de estacionarse en Suez? —Preguntó Fix.

—Cuatro horas, el tiempo de embarcar su carbón. De Suez a Adén, a la salida del Mar Rojo, hay mil trescientas diez millas, y necesita proveerse de combustible.

—¿Y de Suez se marcha directamente a Bombay?

—Directamente y sin descarga.

—Pues bien —dijo Fix—, si el ladrón ha tomado pasaje en ese buque, tendrá el plan de desembarcar en Suez, a fin de llegar por otra vía a las posesiones holandesas o francesas de Asia. Bien debe saber que no estaría seguro en la India, que es tierra inglesa.

Pronto el gigantesco buque apareció pasando entre las márgenes del canal, y daban las once cuando vino a atracar, mientras que el vapor se desprendía con estrepitoso ruido por los tubos de escape de la máquina.

Eran los pasajeros bastante numerosos a bordo. Algunos se quedaron en el entrepuente contemplando el pintoresco panorama de la ciudad, pero la mayor parte desembarcaron en las lanchas que se habían arrimado al "*Mongolia*".

Fix examinaba escrupulosamente a todos los que desembarcaban.

En aquel momento se le acercó uno de ellos y le preguntó con mucha cortesía si podía indicarle el despacho del agente consular inglés. Y al mismo tiempo, este pasajero presentaba un pasaporte, sobre el cual deseaba que constase el visado británico.

Fix tomó instintivamente el pasaporte, y con rápida mirada lo leyó, escapándose por poco cierto movimiento involuntario. El papel tembló en sus manos. Las señas que constaban en el pasaporte eran idénticas a las que había recibido del director de la policía británica.

—Este pasaporte no es vuestro —dijo Fix al pasajero.

—No —respondió éste—, es el pasaporte de mi amo.

—¿Y vuestro amo?

—Se ha quedado a bordo.

—Pero —repuso el agente— es necesario que se presente en persona en el despacho del consulado a fin de identificarlo.

—¿Y dónde está la oficina?

—Allí en la esquina de la plaza —respondió el inspector, indicando una casa que distaba unos doscientos pasos.

—Entonces, voy a buscar a mi amo, que no tendrá mucho gusto en molestarse.

Después de esto, el pasajero saludó a Fix y se volvió a bordo del vapor.

Capítulo VII

El inspector volvió al muelle y se dirigió con celeridad al despacho del cónsul.

—Señor cónsul —le dijo sin más preámbulo—, tengo poderosas razones para creer que nuestro hombre ha tomado pasaje a bordo del "*Mongolia*".

Y Fix refirió lo que había pasado entre el criado y él con motivo del pasaporte.

—El pasaporte estará en regla pero espero que no lo visaréis.

—¿Y por qué no? Si el pasaporte es regular —respondió el cónsul— no tengo derecho a negarme a visarlo.

—Sin embargo, señor cónsul, será necesario que yo retenga aquí a ese hombre hasta haber recibido de Londres un mandato de prisión.

—¡Ah! Eso es cuenta vuestra, señor Fix —respondió el cónsul—, pero yo no puedo...

El cónsul no terminó su frase. En aquel momento llamaban a la puerta de su gabinete, y el ordenanza de la oficina introducía a Mister Fogg y Passepartout. El primero sacó el pasaporte, rogando lacónicamente al cónsul que se sirviera visarlo. Tomó éste el documento y lo leyó atentamente, mientras Fix, en un rincón del gabinete, observaba o más bien devoraba al extranjero con sus ojos.

Cuando el cónsul terminó su lectura, dijo:

—¿Sois Phileas Fogg,?

—Sí, señor —respondió el *gentleman*.

—¿Y ese hombre es vuestro criado?

—Sí. Un francés llamado Jean Passepartout.

—¿Venís de Londres?

—Sí.

—¿Y vais adónde?

—A Bombay.

—Bien. Ya sabéis que la formalidad del visado no es necesaria, y que ya no exigimos la presentación del pasaporte.

—Ya lo sé, señor —respondió Phileas Fogg—, pero deseo conste mi paso por Suez.

—Como gustéis.

Y el cónsul, después de haber firmado y fechado el pasaporte, lo selló. Mister Fogg pagó los derechos; y, después de haber saludado con frialdad, salió seguido de su criado.

—¿No os parece, señor cónsul, que ese caballero se parece al ladrón cuyas señas tengo? —respondió Fix—

—Eso parece: pero ya sabéis, todas las señas...

—Voy a hablar con su criado —respondió Fix—.

Dicho esto, el agente salió y se fue en busca de Passepartout.

Entretanto, mister Fogg, después de salir de la casa consular, se había dirigido al muelle. Allí dio algunas órdenes al criado, y después volvió a bordo, metiéndose en su camarote. Tomó allí su libro de anotaciones, que llevaba los siguientes apuntes:

"Salida de Londres, el miércoles 2 de octubre a las ocho y cuarenta y cinco minutos de la tarde.

"Llegada a París, el jueves 3 de octubre a las siete y veinte de la mañana.

"Llegada por Monte Cenís a Turín, el viernes 4 de octubre a las seis y treinta y cinco minutos de la mañana.

"Salida de Turín el viernes a las siete y veinte minutos de la mañana.

"Llegada a Brindisi el sábado 5 de octubre a las cuatro de la tarde.

"Embarcado en el "*Mongolia*", el sábado a las cinco de la tarde.

"Llegada a Suez, el miércoles 9 de octubre a las once de la mañana.

"Total de horas transcurridas, ciento cincuenta y ocho y media, o sea seis días y medio".

Mister Fogg escribió estas fechas en un itinerario dispuesto por columnas, que indicaba, desde el 2 de octubre hasta el 21 de diciembre, el día de la semana, el del mes, las llegadas reglamentarias y las efectivas en cada punto principal, París, Brindisi, Suez, Bombay, Calcuta, Singapur, Hong-Kong, Yokohama, San Francisco, Nueva York, Liverpool, Londres, y que permitía calcular el adelanto obtenido o el retraso experimentado en cada punto del trayecto.

Este método itinerario lo tenía de esta suerte en cuenta todo, y mister Fogg sabía siempre si adelantaba o atrasaba.

Después se hizo servir de almorzar en su camarote. En cuanto a ver Suez, ni siquiera pensó en ello.

Capítulo VIII

Fix había tropezado en pocos instantes con Passepartout, que todo lo examinaba y miraba.

—Pues bien, amigo mío —le dijo Fix saliéndole al encuentro—; ¿habéis visado el pasaporte?

—¡Ah! Sois vos —respondió el francés—. Muchas gracias. Estamos perfectamente en regla.

—¿Y os estáis enterando del país?

—Sí; pero andamos tan aprisa que me parece viajar en sueños. ¿Es cierto que estamos en Suez?

—En Suez.

—¿En Egipto?

—En Egipto, perfectamente.

—¡En África! —Repitió Passepartout—. No puedo creerlo. ¡Figuraos, caballero, que yo me imaginaba no ir más lejos de París, y me he tenido que contentar con ver esa famosa capital, desde las siete y veinte de la mañana hasta las ocho y cuarenta, entre la Estación del Norte y la de Lyon, a través de los cristales de un coche y lloviendo a chaparrones!

—¿Conque tanta prisa tenéis? —preguntó el inspector de policía.

—Yo no, pero sí mi amo. A propósito, ¡tengo que comprar calcetines y camisas! Nos hemos marchado sin equipaje; tan sólo con un saco de noche.

—Voy a llevaros a un bazar donde encontraréis todo lo que necesitéis.

Y ambos echaron a andar. Passepartout no cesaba de charlar.

—Sobre todo, es menester no faltar para la hora de salida del buque.

—Aún tenéis tiempo —respondió Fix—; no son más que las doce.

Passepartout sacó un gran reloj.

—¿Las doce? ¡Vaya! ¡Si no son más que las nueve y cincuenta y dos minutos!

—Vuestro reloj atrasa —respondió Fix.

—¡Mi reloj! ¡Un reloj de familia que procede de mi bisabuelo! No discrepa ni cinco minutos al año. ¡Es un verdadero cronómetro!

—Y yo veo lo que es —respondió Fix—. Habéis conservado la hora de Londres, que va atrasada unas dos horas con la de Suez. Es preciso cuidar de poner vuestro reloj con el mediodía de cada país.

—¡Yo tocar mi reloj! —Exclamó Passepartout—. ¡Jamás!

—Entonces, no marchará con el sol.

—¡Peor para el sol, caballero! No será él quien tenga razón.

Y el buen muchacho se metió el reloj en el bolsillo con soberbio ademán.

Algunos instantes después, Fix le decía:

—Pero, ¿adónde va vuestro amo?

—Siempre adelante. ¡Está dando la vuelta al mundo!

—¿La vuelta al mundo? —Exclamó Fix.

—Sí, señor. ¡En ochenta días! Dice que es una apuesta; pero, sea dicho entre nosotros, no lo creo. Eso no tendría sentido común. Debe haber algún otro motivo.

— ¡Ah! Es muy original ese mister Fogg.

—Ya lo creo.

— ¿Luego es rico?

— ¡Ciertamente, y lleva consigo una bonita suma de billetes de banco, nuevecitos! ¡Y no ahorra por cierto el dinero! ¡Como que ha prometido una prima magnífica al maquinista del "*Mongolia*" si llegamos a Bombay con buen adelanto!

— ¿Y hace mucho tiempo que conocéis a vuestro amo?

— ¿Yo? —Respondió Passepartout—. He entrado a servirle precisamente el día de nuestra marcha.

Imagínese el efecto que estas respuestas debían producir en el ánimo ya sobreexcitado del inspector de policía.

— ¿Está lejos Bombay? Preguntó Passepartout.

—Bastante lejos —respondió el agente—. Todavía necesitáis unos doce días por mar.

— ¿Y dónde está Bombay?

—En la India.

— ¿En Asia?

—Naturalmente.

— ¡Diantre! Es que voy a deciros... Hay una cosa que me trastorna... Mi mechero.

— ¿Qué mechero?

—Mi mechero de gas que se me ha olvidado apagar y que está ardiendo por mi cuenta. He calculado que sale a dos chelines cada veinticuatro horas, justo seis peniques más de lo que gano, y ya comprenderéis que a poco que el viaje se prolongue...

Fix ya no escuchaba nada y estaba tomando una resolución. El francés y él habían llegado al bazar. Fix volvió al despacho del agente consular.

—Señor —dijo al cónsul—; ya no abrigo duda ninguna. Tengo a mi hombre. Se hace pasar por un excéntrico que quiere dar la vuelta al mundo en ochenta días.

—Entonces, ¿piensa volver a Londres después de haber hecho perder su pista a todas las poblaciones de ambos continentes?

—Eso lo veremos —respondió Fix.

—¿Y qué vais a hacer?—dijo el cónsul—

—Solicitar a Londres una orden de prisión y mientras llega no perderle de vista. Dicho esto el agente se despidió del cónsul.

Un cuarto de hora más tarde, Fix, con su ligero equipaje en la mano y bien provisto de dinero, se embarcaba en el "*Mongolia*", y muy luego el rápido buque surcaba a todo vapor las aguas del Mar Rojo.

Capítulo IX

La distancia entre Suez y Adén es exactamente de mil trescientas millas, el tiempo previsto de ciento treinta y ocho horas para andarlo. El vapor, corría sin tardanza hacia el estrecho de Bab-el-Mandeb.

¿Qué hacía Phileas Fogg durante aquel tiempo? Raras veces se le veía sobre el puente. No le interesaba observar aquel Mar Rojo. Hacía primeramente sus cuatro comidas diarias, después jugaba al *whist*. Había encontrado compañeros para el juego; un recaudador de impuestos que iba a Goa y un brigadier general del ejército inglés, que se iba a reunir con su cuerpo a Benarés.

Al día siguiente de la salida de Suez, 29 de octubre, no dejó de darle gusto el encuentro que hizo en el puente del obsequioso personaje a quien se había dirigido al desembarcar en Egipto.

—No me engaño —le dijo al acercarse con amable sonrisa—; vos sois el caballero que fue tan pacientemente en servirme de guía por las calles de Suez.

—En efecto —respondió el agente—. ¡Os reconozco! Sois el criado de ese inglés tan original...

—Precisamente, señor...

—Fix.

—Señor Fix —respondió Passepartout—. Me alegro de veros a bordo. ¿Y adónde vais?

—Lo mismo que vos, a Bombay.

—¿Y se encuentra bien mister Fogg? —Preguntó Fix con el acento más natural del mundo.

—Muy bien, señor Fix. Y yo también, por cierto. Como lo mismo que un ogro en ayunas. Es el aire del mar.

—Pero nunca veo a vuestro amo sobre el puente.

—Nunca. No es curioso.

—¿Sabéis, señor Passepartout, que este pretendido viaje en ochenta días pudiera muy bien ocultar alguna misión secreta... una misión diplomática por ejemplo?

—A fe mía, señor Fix, que yo nada sé, os lo declaro, ni daría media corona por saberlo.

Desde este encuentro, Passepartout y Fix hablaron juntos con frecuencia. El inspector de policía intentaba intimar con el criado de mister Fogg.

Entretanto el vapor marchaba con rapidez. El día 13 se divisó la ciudad de Moka, que apareció dentro de su cintura de murallas ruinosas, sobre las cuales se destacaban algunas verdes palmeras. A lo lejos, en las montañas, se desarrollaban vastas campiñas de cafetales.

Durante la siguiente noche, el "*Mongolia*" cruzó el estrecho de Bab-el-Mandeb, cuyo nombre árabe significa la "Puerta de las lágrimas"; y al otro día, 14, llegaron a Adén.

Mister Fogg y su criado bajaron a tierra, porque aquél deseaba visar el pasaporte. Fix los siguió procurando no ser observado. Cumplidas las formalidades Phileas Fogg volvió a bordo a proseguir su interrumpida partida de *whist*.

Pero Passepartout se detuvo, según su costumbre, callejeando en medio de aquella población.

—¡Qué curioso es eso, qué curioso! —Decía Passepartout volviendo a bordo—. Me convengo de que no es inútil viajar si se quieren ver cosas nuevas.

A las seis de la tarde, el "*Mongolia*" partió para Bombay. El viento era Noroeste y las velas pudieron ayudar al vapor así que el domingo 20 de octubre, a mediodía, se avistó la costa hindú y a las cuatro y media atracaba a los muelles de Bombay. Se había conseguido una ventaja de dos días. La cual fue inscrita metódicamente en la columna de beneficios del itinerario de Phileas Fogg.

Capítulo X

Nadie ignora que en la India —ese gran triángulo inverso cuya base está en el Norte y la punta al Sur el gobierno británico ejerce un dominio real sobre cierta parte de este inmenso país.

Por eso el aspecto, las costumbres, las divisiones etnográficas de la península, tienden a modificarse diariamente. Ahora se viaja en unos barcos de vapor recorren a gran velocidad el Indo y el Ganges, y un ferrocarril, que atraviesa la India en toda su anchura ramificándose en su trayecto, pone a Bombay a tres días tan sólo de Calcuta.

El trazado de este ferrocarril no sigue la línea recta a través de la India, se eleva hasta Allahabad, al norte de la península, lo que aumenta considerablemente la distancia hasta Calcuta.

Eran las cuatro y media de la tarde cuando los pasajeros del "*Mongolia*" habían desembarcado en Bombay y el tren para Calcuta salía a las ocho en punto.

Mister Fogg se despidió de sus compañeros, salió del vapor, dio a su criado la orden de hacer algunas compras, le recomendó expresamente que estuviera antes de las ocho en la estación, y con su paso regular, que batía como el péndulo de un reloj astronómico, se dirigió a la oficina de pasaportes.

Por consiguiente, nada pensaba ver de las maravillas de Bombay, Al salir de la oficina de pasaportes, Phileas Fogg se fue sosegadamente a la estación, y allí se hizo servir la comida.

Mientras el agente Fix se dirigió hacia la oficina de la policía de Bombay. ¿Se había recibido de Londres una orden de prisión?... No se había recibido nada. Y en efecto, la orden no podía haber llegado todavía.

Fix quedó desconcertado. Quiso conseguir del director la orden, pero le fue negada. Era asunto que competía a Londres. Fix no insistió, y comprendió que debía resignarse a aguardar la orden; pero resolvió no perder de vista a su impenetrable bribón durante todo el tiempo que estuviera en Bombay.

Pero desde las últimas órdenes que le había dado su amo, Passepartout había comprendido que sucedería, en Bombay lo que en Suez y París, y que el viaje no terminaría allí y se proseguiría por lo menos hasta Calcuta y quizá más lejos. Y empezó a pensar si la apuesta sería cosa formal, y si la fatalidad no le llevaría a él, que quería vivir descansado, a dar la vuelta al mundo en ochenta días.

Entretanto, y después de haber comprado algunas camisas y calcetines, se paseaba por las calles de Bombay. Llena de toda clase de gentes, Passepartout se dirigió a la estación cuando al pasar por delante de la admirable pagoda de Malebar-Hill tuvo la desventurada idea de visitarla por dentro.

Ignoraba dos cosas: primero, que la entrada de ciertas pagodas hindúes está formalmente prohibida a los cristianos, y segundo, que sólo se puede entrar dejando el calzado a la puerta. Además, el gobierno inglés castiga con severidad a quienquiera que infrinja sus prácticas.

Passepartout entró sin pensar, como un simple viajero, y admiraba su decoración cuando de repente fue derribado al suelo. Tres sacerdotes con mirada furiosa, se arrojaron sobre él, le arrancaron zapatos y calcetines y comenzaron a molerlo a golpes, prorrumpiendo en gritos.

El francés, se levantó con viveza. De un puñetazo y un puntapié derribó a dos adversarios muy entorpecidos por su traje y lanzándose fuera de la pagoda con toda la velocidad de sus piernas.

A las ocho menos cinco, algunos minutos antes de marchar el tren, sin sombrero, descalzo y habiendo perdido su paquete de compras, Passepartout llegaba al ferrocarril.

Allí en el andén estaba Fix, que había seguido a Fogg hasta la estación, comprendiendo que este tunante se iba de Bombay. Tomó la inmediata resolución de acompañarlo hasta Calcuta, y más lejos si preciso fuese. Passepartout no vio a Fix que estaba en la sombra, pero Fix oyó la relación de las aventuras que Passepartout estaba brevemente haciendo a su amo.

—Espero que no os volverá a suceder —respondió simplemente Phileas Fogg tomando asiento en uno de los vagones del tren.

Fix iba a subir en otro vagón, cuando lo detuvo una idea que modificó súbitamente su proyecto de partida.

—No; me quedo —dijo—. Un delito cometido en territorio indio... Ya tengo asegurado a mi hombre.

En aquel momento la locomotora dio un vigoroso silbido, y el tren desapareció en la oscuridad.

Capítulo XI

El tren había salido a la hora reglamentaria. Passepartout ocupaba el mismo compartimiento que su amo junto al brigadier general sir Francis Cromarty, uno de los compañeros de juego de mister Fogg durante la travesía de Suez a Bombay, que iba a reunirse con sus tropas acantonadas cerca de Benarés.

Phileas Fogg no había ocultado a sir Francis Cromarty su proyecto de viaje alrededor del mundo ni las condiciones de la apuesta con sus colegas del club Reform.

—La aventura de vuestro criado ha estado a punto de retrasar su empresa —dijo sir Francis Cromarty

—¿Por qué, sir Francis?

—El gobierno inglés es muy severo con razón, por ese género de delitos —repuso sir Francis Cromarty—. Atiende más que todo a que se respeten los usos religiosos de los indios, y si hubiesen agarrado a vuestro criado...

—Y bien, agarrándole, sir Francis —respondió mister Fogg— le habrían condenado y después de sufrir su pena hubiera vuelto tranquilamente a Europa. ¡No veo por qué ese asunto tendría que perjudicar a su amo!

Y con esto la conversación se enfrió de nuevo. Durante la noche, el tren atravesó los Ghats, pasó por Nassik, y al día siguiente 21 de octubre, corría por un territorio casi llano formado por la comarca del Khandeish.

Passepartout, despierto ya, miraba y no podía creer que atravesaba el país de los indios en un tren del "*Great Peninsular Railway*". Desde la ventanilla veía las plantaciones de algodón, café, moscada, clavillo y pimienta. A las doce y media, el tren se detuvo en la estación de Burhampur, y Passepartout pudo procurarse a precio de oro un par de babuchas, adornadas con abalorios.

Los viajeros almorzaron con rapidez y salieron para la estación de Assurghur, después de haber costado el río Tapti, que desagua en el golfo de Cambaye, cerca de Surate.

Passepartout empezaba a creer el proyecto de su amo. Se inquietaba ya por las tardanzas posibles y por los accidentes que podían sobrevenir en el camino. Se sentía interesado en esta apuesta, y temblaba a la idea que tenía de haberla podido comprometer la víspera con su imperdonable estupidez. Por eso, siendo mucho menos flemático que mister Fogg, estaba mucho más inquieto.

Contaba y volvía a contar los días transcurridos, maldecía las paradas del tren, lo acusaba de lentitud.

Al siguiente día, 22 de octubre, respondiendo a una pregunta de sir Francis Cromarty, Passepartout, después de consultar su reloj, dijo que eran las tres de la mañana. Y en efecto, ese famoso reloj, siempre arreglado por el meridiano de Greenwich, que estaba a cerca de setenta grados al Oeste, debía atrasar y atrasaba en efecto cuatro horas.

Sir Francis rectificó por consiguiente la hora dada por Passepartout, a quien hizo la misma observación que ya le tenía hecha Fix. Y trató de hacerle comprender que debía arreglar su reloj por cada nuevo meridiano, y que, caminando constantemente hacia el sol, los días eran más cortos tantas veces cuatro minutos como grados se recorrían. Todo fue inútil. Hubiese o no comprendido la observación del brigadier general, el obstinado Picaporte no quiso adelantar su reloj, conservando invariablemente la hora de Londres. Manía inocente, por otra parte, y que no hacía daño a nadie.

A las ocho de la mañana, y a quince millas antes de la estación de Rothal, el tren se detuvo en medio de un extenso claro del bosque, rodeado de cabañas de obreros. El conductor del tren pasó delante de la línea de vagones diciendo:

—Los viajeros se apean aquí.

—¡Señor, ya no hay ferrocarril! —exclamó Passepartout

—¿Qué queréis decir? —Preguntó sir Francis Cromarty.

—Quiero decir que el tren no sigue.

El brigadier general descendió al instante del vagón. Phileas Fogg lo siguió sin darse prisa. Ambos se dirigieron al conductor.

—¿Dónde estamos? —Preguntó sir Francis Cromarty.

—En la aldea de Kholby —respondió el conductor.

—¿Nos paramos aquí?

—Sin duda. El ferrocarril no está concluido.

—¡Cómo! ¿No está concluido?

—No. Falta un trozo de cincuenta millas entre este punto y Allahabad, donde se vuelve a tomar la vía.

—¡Sin embargo, los periódicos han anunciado la apertura completa del ferrocarril!

—¡Qué quereis! Los periódicos se han equivocado.

—¡Y dais billetes desde Bombay a Calcuta! —Replicó sir Francis que empezaba a acalorarse.

—Sin duda —replicó el conductor— pero los viajeros saben muy bien que deben hacerse trasladar de Kholby a Allahabad.

Sir Francis Cromarty estaba furioso.

—Sir Francis —dijo sencillamente mister Fogg—, vamos a buscar, si lo queréis, el medio de llegar a Hallahabad.

—Mister Fogg, se trata aquí de una tardanza absolutamente perjudicial a vuestros intereses.

—De ningún modo; pero sabía que un obstáculo cualquiera surgiría tarde o temprano en el camino. Ahora bien, no hay nada comprometido. Tengo dos días de adelanto que sacrificar. Hay un vapor que sale de Calcuta para Hong-Kong el 25 al mediodía. Estamos a 22 y llegaremos a tiempo a Calcuta.

No había nada que decir ante una respuesta dada con tan completa seguridad.

Los periódicos son como algunos relojes que tenían la manía de adelantar, y habían anunciado prematuramente la conclusión de la línea. La mayor parte de los viajeros conocían esa interrupción de la vía, y al apearse del tren se habían apoderado de los vehículos de todo género que había en el villorio. Así es que mister Fogg y sir Francis, después de haber registrado toda la aldea, se volvieron sin haber encontrado nada.

—Iré a pie —dijo Phileas Fogg.

Passepartout, que entonces se reunía con su amo, hizo un ademán significativo al considerar sus magníficas babuchas y titubeando un poco, dijo:

—Señor, me parece que he hallado un medio de transporte.

—¿Cuál?

—¡Un elefante! ¡Un elefante que pertenece a un indio que vive a cien pasos de aquí!

—Vamos a ver el elefante —respondió mister Fogg.

Cinco minutos después, Phileas Fogg, sir Francis Cromarty y Passepartout llegaban a una choza donde había un indio, y en la cerca, un elefante medio domesticado.

Kiouni —así se llamaba el animal— podía, como todos sus congéneres, hacer durante mucho tiempo una marcha rápida, y, a falta de otra cabalgadura, Phileas Fogg resolvió utilizarlo y ante la negativa del indio para alquilárselo, decidió comprárselo por ¡dos mil libras!

—¡Por mis babuchas —exclamó Passepartout—, a buen precio hay quien pone la carne de elefante!

Arreglado el negocio, ya no faltaba más que guía, lo cual fue más fácil. Un joven parsi, de rostro inteligente, ofreció sus servicios. Mister Fogg aceptó y le prometió una gruesa remuneración por llegar a buen fin.

Se compraron víveres e iniciaron la marcha. A las nueve salían del villorio.

Capítulo XII

A fin de abreviar la distancia, el guía tomó un atajo atravesando la selva. La marcha era rápida traqueteando rudamente a los viajeros. Passepartout, apostado sobre el lomo del animal fue directamente sometido a los vaivenes. El buen muchacho, ora despedido hacia el cuello del elefante, ora hacia las ancas, daba volteretas como un clown sobre el trampolín.

Después de dos horas de marcha, el guía detuvo al elefante y le dio una hora de descanso. Sir Francis Cromarty no se quejó de esta parada, pues estaba molido. Mister Fogg parecía estar tan fresco como si acabara de salir de su cama.

—¡Este hombre es de hierro! —dijo el brigadier general, mirándolo con admiración.

A las doce dio el guía la señal de marcha. Salieron de la selva y se adentraron en bosques de tamarindos y de palmeras enanas, y luego extensas llanuras áridas de árboles raquíuticos. Toda esta parte del alto Bundelbund, poco frecuentada por los viajeros, está habitada por una población sometida a la influencia de los rajás.

A las ocho de la noche los viajeros hicieron alto al pie de la falda septentrional en un "*bungalow*" ruinoso.

La distancia recorrida durante la jornada era de veinticinco millas, y restaba otro tanto camino para llegar a la estación de Allahabad. Los viajeros cenaron y se durmieron rápidamente, agotados.

A las seis de la mañana se emprendió la marcha. El guía esperaba llegar a la estación de Allahabad aquella misma tarde.

A las dos, el guía entró bajo la cubierta de una selva espesa, que debía atravesar por un espacio de muchas millas. Prefería bajar así a cubierto de los bosques. De repente el elefante se paró. Eran entonces las cuatro.

—¿Qué hay? —Preguntó sir Francis Cromarty

—No lo sé —respondió el parsi prestando oído a un murmullo que pasaba por la espesa enramada.

El parsi saltó a tierra, ató el elefante a un árbol y penetró en lo más espeso del bosque. Algunos minutos después volvió diciendo:

—Una procesión de brahmanes que vienen hacia aquí. Si es posible, procuremos no ser vistos.

Pronto apareció bajo los árboles la cabeza de la procesión. En primera línea avanzaban unos sacerdotes rodeados de hombres, mujeres y niños, que cantaban una especie de salmodia fúnebre, interrumpida a intervalos iguales por golpes de tamtam y de timbales. Detrás de ellos, sobre un carro de ruedas anchas, apareció una estatua horrorosa, de cuatro brazos, el cuerpo teñido de rojo sombrío, los ojos extraviados, el pelo enredado, la lengua colgante y los labios teñidos. En su cuello se arrollaba un collar de cabezas de muerto, y sobre su cadera, había una

cintura de manos cortadas. Estaba de pie sobre un gigante derribado que carecía de cabeza.

Sir Francis Cromarty reconoció aquella estatua.

—La diosa Kali —dijo en voz baja—, la diosa del amor y de la muerte.

—De la muerte, aún —dijo Passepartout—; pero del amor, nunca. ¡Vaya mujer fea!

El parsi le hizo seña para que callara.

Alrededor de la estatua se movía y agitaba, en convulsiones, un grupo de fakires y detrás de ellos algunos brahmanes que arrastraban una mujer que apenas se sostenía.

Esta mujer era joven y blanca como una europea, iba sobrecargada de joyas y una túnica recamada de oro y recubierta de una muselina ligera dibujaba los contornos de su talle.

Detrás de esta joven unos guardias, armados de sables, conducían un cadáver sobre un palanquín. Era el cuerpo de un anciano rajá cubierto de sus ricas vestiduras. Después, unos músicos y una retaguardia de fanáticos, cuyos gritos cubrían a veces el estrépito atronador de los instrumentos, cerraban el cortejo.

Sir Francis miraba toda esta pompa con aire singularmente triste, y volviéndose hacia el guía le dijo:

—¡Un *sutty*!

El parsi hizo una seña afirmativa y puso un dedo en sus labios. La larga procesión se desplegó lentamente bajo los árboles, y bien pronto desaparecieron en la profundidad de la selva.

Phileas Fogg había oído la palabra pronunciada por sir Francis Cromarty, y tan luego como la procesión desapareció, preguntó:

—¿Qué es un *sutty*?

—Un *sutty*, mister Fogg —respondió el brigadier general— es un sacrificio humano, pero voluntario. Esa mujer que acabáis de ver será quemada mañana en las primeras horas del día.

—¿Y el cadáver? —preguntó mister Fogg.

—Es el del príncipe su marido —respondió el guía—, un rajá independiente de Bundelkund.

—¡Desgraciada! —decía Passepartout—. ¡Quemada viva!

—Sí —repuso el brigadier general—, quemada; y si no lo fuera, le afeitarían la cabeza, le darían por alimentos algunos puñados de arroz, la rechazarían, sería considerada como una criatura inmundada, y moriría en algún rincón como un perro sarnoso.

—Este sacrificio no es voluntario —dijo el guía

—¿Cómo lo sabéis?

—Es una historia que todo el mundo conoce. —respondió el guía.

—Sin embargo, esa desventurada no parecía oponer resistencia —observó sir Francis Cromarty.

—Es porque la han emborrachado con zumo de cáñamo y de opio.

—¿Pero adónde la llevan?

—A la pagoda de Pillaji, a dos millas de aquí. Allí pasará la noche aguardando la hora del sacrificio.

—¿Cuándo consumarán el sacrificio?

—Mañana, al amanecer.

Mister Fogg dirigiéndose a sir Francis Cromarty, le dijo:

—¿Y si salvásemos a esa mujer?

—¡Salvar a esa mujer, señor Fogg! —exclamó el brigadier general.

—Tengo todavía doce horas de adelanto y puedo dedicarlas a esto.

—¡Sois entonces hombre de corazón! —dijo sir Francis Cromarty.

—Algunas veces —respondió sencillamente Phileas Fogg—, cuando me sobra tiempo.

Capítulo XIII

El intento era atrevido y lleno de dificultades. Mister Fogg iba a arriesgar su vida o al menos su libertad, y por consiguiente el éxito de sus proyectos, pero no vaciló. Tenía además en sir Francis Cromarty un auxiliar decidido.

En cuanto a Passepartout, estaba preparado y se podía disponer de él. Quedaba el guía. ¿Qué partido tomaría en el asunto? ¿No estaría inclinado a favor de los indios?

Sir Francis Cromarty le planteó la cuestión con franqueza.

—Mi oficial —respondió el guía—, soy parsi— estoy de su lado.

Creo que debemos aguardar la noche para obrar —respondió Mister Fogg.

—Así lo creo también —respondió el guía.

Este valiente indio contó que la mujer era una india de célebre belleza y de raza parsi, hija de ricos comerciantes de Bombay. Había recibido en esta ciudad una educación absolutamente inglesa y por sus modales y su instrucción hubiera pasado por europea. Se llamaba Aouda.

Huérfana, fue casada a pesar suyo con ese viejo rajá. Tres meses después enviudó, y sabiendo la suerte que le esperaba se escapó, fue alcanzada en su

fuga, y los parientes del rajá, que tenían interés en su muerte, la condenaron a este suplicio, del cual era difícil que escapara.

Se dirigieron hacia la pagoda y esperaron al anochecer para estudiar cómo penetrar al interior de la pagoda. Para entonces, aquellos indios debían hallarse ya borrachos del "*hag*", opio líquido, mezclado con infusión de cáñamo, y tal vez sería posible deslizarse entre ellos hasta el templo.

El parsi, guiando a mister Fogg, a sir Francis Cromarty y a Passepartout, se adelantó sin hacer ruido a través del bosque. Después de arrastrarse durante diez minutos por las matas, llegaron al borde de un riachuelo y allí, a la luz de las antorchas de hierro impregnadas de resina, percibieron un montón de leña apilada. En su parte posterior descansaba el cuerpo embalsamado del rajá, que debía arder al mismo tiempo que la viuda. A cien pasos de esta hoguera se elevaba la pagoda.

—Venid —dijo el guía con voz baja.

Y redoblando las precauciones, seguido de sus compañeros, se deslizó silenciosamente a través de las altas hierbas.

El suelo estaba cubierto de grupos de durmientes entorpecidos por la embriaguez. Parecía un campo de batalla sembrado de muertos. Hombres, mujeres, niños, todo allí estaba confundido. Llegaron hasta la pagoda que se hallaba custodiada por los guardias del rajá paseándose con sable en mano. El parsi hizo retroceder a sus compañeros ante la imposibilidad de acceder por aquel punto.

Recorrieron durante toda la noche el perímetro de la pagoda buscando un hueco para penetrar al interior pero estuvo constantemente vigilada.

Entretanto, Passepartout, sentado sobre las primeras ramas de un árbol, estaba rumiando una idea que primeramente había cruzado por su mente como un relámpago, y acabó por incrustarse en su cerebro.

Había comenzado por decir para sí: "¡Qué locura!" Y ahora repetía: "¿Y porqué no? ¡Es una probabilidad, tal vez la única, y con semejantes brutos...!"

En todo caso, Passepartout no formuló de otro modo su pensamiento; pero no tardó en deslizarse bajo las ramas del árbol, cuya extremidad se inclinaba hacia el suelo.

Pasaban las horas, y la multitud adormecida iba despertándose preparándose para la ceremonia.

En efecto, las puertas de la pagoda se abrieron. Una luz más viva se escapó del interior. Mister Fogg y sir Francis Cromarty pudieron percibir a la víctima vivamente alumbrada, que dos sacerdotes sacaban fuera. Hasta les pareció que, sacudiendo el entorpecimiento de la embriaguez por un supremo instinto de conservación, la desgraciada intentaba escaparse de entre sus verdugos.

La procesión caminó hacia la pira funeraria y Phileas Fogg y sus compañeros la siguieron, mezclándose entre las últimas filas de la multitud.

Dos minutos después llegaban al borde del río y se detenían a menos de cincuenta pasos de la hoguera, sobre la cual estaba el cuerpo del rajá. Entre la semioscuridad vieron a la víctima absolutamente inerte, tendida junto al cadáver de su esposo.

Después acercaron una tea, y la leña impregnada de aceite comenzó a arder.

Entonces sir Francis y el guía retuvieron a Phileas Fogg, que en un momento de generosa demencia quiso arrojar sobre la hoguera...

De repente un grito de terror aterrizó a toda aquella muchedumbre que se arrojó a tierra. Vieron al viejo rajá levantándose y tomando a su mujer en sus brazos bajó de la hoguera saliendo del humo como un espectro. Todos, acometidos de súbito terror, estaban tendidos boca abajo sin atreverse a levantar la vista ni mirar semejante prodigio.

La víctima inanimada pasó a los vigorosos brazos que la llevaban sin que les pareciese pesada. Fogg y Francis habían permanecido de pie; el parsi había inclinado la cabeza, y es probable que Passepartout no estuviese menos estupefacto.

El resucitado llegó a donde estaban mister Fogg y sir Francis Cromarty, y con voz breve, dijo:

— ¡Huyamos!

¡Era Passepartout mismo quien se había deslizado hasta la hoguera en medio del denso humo! ¡Era Passepartout quien, aprovechando la oscuridad que reinaba todavía, había libertado a la joven de la muerte! ¡Era Passepartout quien, haciendo su papel con atrevida audacia, pasaba en medio del espanto general!

Un instante después, los cuatro desaparecieron por la selva, llevándolos el elefante con trote rápido. Pero entonces, los gritos, los clamores y una bala que atravesó el sombrero de Phileas Fogg les anunció que les habían descubierto.

En efecto, sobre la inflamada hoguera se destacaba entonces el cuerpo del viejo rajá. Los sacerdotes, repuestos de su espanto, habían comprendido que acababa de efectuarse un rapto.

Al punto se precipitaron al bosque, siguiéndoles los guardias, que hicieron una descarga general; pero los raptos huían rápidamente, y en pocos momentos se hallaron fuera del alcance de las balas y de las flechas.

Capítulo XIV

Había tenido buen éxito el atrevido rapto de Aouda, y una hora después Passepartout se estaba riendo todavía de su triunfo. Sir Francis Cromarty había estrechado la mano del intrépido muchacho. Su amo le había dicho: "Bien", lo cual

en boca de este *gentleman* equivalía a una honrosa aprobación. Para él no había habido más que una chistosa ocurrencia, y se reía al pensar que durante algunos instantes, él, Passepartout, antiguo gimnasta, ex sargento de bomberos, había sido el viudo de la linda dama, un viejo rajá embalsamado.

En cuanto a la joven india, no había tenido conciencia de lo sucedido. Envuelta en mantas de viaje, se hallaba descansando.

Entretanto, el elefante, guiado con mucha seguridad por el parsi, corría con rapidez por la selva todavía oscura. Una hora después de haber dejado la pagoda de Pillaji, se lanzaba al través de una inmensa llanura. A las siete se hizo alto. La joven seguía postrada bajo la influencia de los vapores del cáñamo. Si Aouda se quedaba en la India, volvería a caer inevitablemente en manos de sus verdugos. Estos energúmenos se extendían por toda la península, y ciertamente que, a pesar de la policía inglesa, recobrarían su víctima, fuese en Madrás, Bombay o Calcuta. La joven no estaría segura sino marchándose del Indostán. Hacia las diez llegaron a Allahabad Allí arrancaba de nuevo la interrumpida vía, cuyos trenes recorren en menos de un día y una noche la distancia que separa a Allahabad de Calcuta.

Phileas Fogg debía pues llegar a tiempo para tomar el vapor que partía al día siguiente, 25 de octubre a mediodía, en dirección a Hong-Kong.

La joven fue depositada en un cuarto de la estación. Se encargó a Passepartout que fuese a comprar para ella algunos objetos de tocador, vestido, chal, abrigos, etc., lo que encontrase. Su amo le abría ilimitado crédito.

Passepartout recorrió las calles de la población. Allahabad es la Ciudad de Dios, una de las más veneradas de la India, en razón de estar construida sobre la confluencia de los dos ríos sagrados, el Ganges y el Jumna, cuyas aguas atraen a los peregrinos de todo el Indostán.

Aouda empezaba a volver en sí. La influencia a que la habían sometido los sacerdotes de Pillaji, se iba disipando poco a poco, y sus hermosos ojos recobraban toda su dulzura hindú. Era una hermosa mujer hablaba un inglés perfecto.

Entretanto, el tren iba a dejar la estación de Allahabad. El parsi estaba esperando. Mister Fogg le pagó lo convenido, sin darle un penique de más. Esto asombró algo a Passepartout. El parsi había en efecto arriesgado voluntariamente la vida en el lance de Pillaji, y si más tarde los indios llegasen a saberlo, peligraría su suerte.

Quedaba también por ventilar la cuestión de Kiouni. ¿Qué harían de un elefante que tan caro había costado?

Pero Phileas Fogg había adoptado ya una resolución.

—Parsi —dijo al guía—, has sido servicial y leal. He pagado tu servicio, pero no tu adhesión. ¿Quieres ese elefante? Es tuyo.

Los ojos del guía brillaron.

— ¡Es una fortuna lo que Vuestro Honor me da! —exclamó.

—Acéptala —respondióle mister Fogg—; y aún seré deudor tuyo.

—Enhorabuena —exclamó Passepartout—. Toma, amigo mío, Kiouni eres animal animoso y valiente.

Y yendo hacia el elefante le ofreció algunos terrones de azúcar, diciendo:

—¡Toma, Kiouni, toma, toma!

El elefante exhaló algunos gruñidos de satisfacción, y luego tomó a Passepartout por la cintura y lo levantó hasta la altura de su cabeza. Passepartout, sin asustarse, hizo una caricia al animal que lo volvió a dejar suavemente en tierra, y al apretón de trompa del honrado Kiouni respondió un apretón de manos del honrado mozo.

Algunos instantes después, Phileas Fogg, sir Francis Cromarty y Passepartout, instalados en un confortable vagón, cuyo mejor asiento iba ocupado por Aouda, corrían a todo vapor hacia Benarés.

Ochenta millas lo más separaban a esta ciudad de Allahabad, las cuales se recorrieron en dos horas.

Durante el trayecto, la joven recobró por entero los sentidos. ¡Cuál fue su asombro al encontrarse en el ferrocarril, en aquel compartimiento, vestida a la europea y en medio de viajeros que le eran completamente desconocidos!

El brigadier general le refirió lo ocurrido. Insistió sobre la decisión de Phileas Fogg que no había vacilado en comprometer su vida para salvarla, y sobre el desenlace de la aventura debida a la audaz imaginación de Passepartout.

Mister Fogg dejó hablar sin decir una palabra. Passepartout, avergonzado, repetía que la cosa no merecía tanto.

Aouda dio gracias a sus libertadores con una efusión expresada con las lágrimas más que por sus palabras. Sus hermosos ojos, mejor que sus labios, fueron los intérpretes de su reconocimiento. Phileas Fogg le ofreció conducirla a Hong-Kong, donde viviría hasta que este asunto se olvidase.

Aouda aceptó la oferta con reconocimiento. Precisamente residía en Hong-Kong uno de sus parientes, comerciante y parsi como ella.

A las doce y media el tren se detenía en la estación de Benarés. Allí debía detenerse sir Francis Cromarty. Se despidieron con un afecto sincero.

Desde Benarés, la vía férrea seguía en parte el valle del Ganges, el río sagrado de la religión brahmánica perturbado ahora por el estridente ruido del tren. Después llegó la noche, y en medio de los rugidos de los tigres, osos y lobos que huían ante la locomotora, el tren pasó a toda velocidad y no se vio nada ya de las maravillas de la India.

Por último, a las siete de la mañana, llegaron a Calcuta. El vapor que salía para Hong-Kong no levaba el ancla hasta mediodía.

Según su itinerario, debía llegar a la capital de las Indias, el 25 de octubre, veintitrés días después de haber salido de Londres, y llegaba el día fijado. No tenía pues, ni adelanto, ni atraso. Desgraciadamente, los días ganados entre Londres y Bombay, quedaban perdidos, del modo que se sabe, en la travesía de la península indostánica; pero es de suponer que Phileas Fogg no lo sentía.

Capítulo XV

El tren se detuvo en la estación. Passepartout se apeó el primero, y fue seguido de mister Fogg, quien ayudó a su joven compañera a descender al andén. Phileas Fogg pensaba ir directamente al vapor de Hong-Kong, a fin de instalar allí convenientemente a mistress Aouda, de quien no quería separarse mientras estuviese en aquel país tan peligroso para ella.

Cuando mister Fogg iba a salir de la estación, se acercó a él un agente de policía diciéndole:

— ¿El señor Phileas Fogg?

— Yo soy.

— ¿Es ese hombre vuestro criado? —añadió el agente designando a Passepartout.

—Sí.

—Tened ambos la bondad de seguirme.

Mister Fogg no hizo movimiento alguno que demostrase la menor sospecha. El agente era un representante de la ley, y para todo inglés, la ley es sagrada, Passepartout, con sus hábitos franceses, quiso hacer observaciones, pero el agente le tocó con su varilla, y Phileas Fogg le hizo seña de obedecer.

— ¿Puede acompañarnos esta joven dama? —preguntó mister Fogg,

—Puede hacerlo —respondió el agente.

Mister Fogg, Aouda y Passepartout, fueron conducidos a un aposento con rejas, diciéndoles:

—A las ocho y media compareceréis ante el juez Obadiah.

Y luego se retiró cerrando la puerta.

—¡Vamos, nos han agarrado! —exclamó Passepartout dejándose caer sobre una silla.

Aouda procurando en vano disfrazar su emoción, dijo a mister Fogg:

— ¡Es necesario que me abandonéis! ¡Os veis perseguido por mí! ¡Es por haberme salvado!

Phileas Fogg se contentó con responder que eso no era posible. ¡Perseguido por ese asunto del "sully"! ¡Inadmisible! ¿Cómo se habían de atrever a presentarse los que se querellasen? Había sin duda alguna equivocación. Mister

Fogg añadió que, en todo caso, no abandonaría a la joven y la conduciría a Hong-Kong.

— ¡Pero el buque se marcha a las tres! —dijo Passepartout.

—Antes de las tres estaremos a bordo —respondió sencillamente el impasible *gentleman*.

Pero esto no lo tranquilizaba.

A las ocho y media la puerta del cuarto se abrió. El agente de policía volvió a presentarse e introdujo a los presos en la pieza vecina. Era una sala de audiencias, y había un público bastante numeroso compuesto de europeos y de indígenas.

Mister Fogg, mistress Aouda y Passepartout, se sentaron en un banco frente a los asientos reservados para el juez y el escribano.

Ese juez, el juez Obadiah, no tardó en llegar seguido del escribano. Era un señorón regordete. Descolgó una peluca colgada de un clavo y se la puso con presteza.

—La primera causa —repuso entonces el juez Obadiah.

— ¿Phileas Fogg? —dijo el escribano Oysterpuf.

—Heme aquí —respondió mister Fogg.

— ¿Passepartout?

— ¡Presente! —respondió Picaporte.

— ¡Bien! —dijo el juez Obadiah—. Hace dos días, acusados, que os están espiando en todos los trenes de Bombay.

—Pero, ¿de qué nos acusan? —exclamó Picaporte impaciente.

—Vais a saberlo —respondió el juez.

— ¡Bien! Haced entrar a los querellantes.

Por orden del juez se abrió una puerta, y tres sacerdotes indios fueron introducidos por un alguacil.

— ¿No lo decía yo? —dijo Passepartout—. ¡Esos bribones son los que querían quemar a esa joven señora!

Los sacerdotes se mantuvieron de pie delante del juez, y el escribano leyó en voz alta una querrela de sacrilegio formulada contra el señor Phileas Fogg y su criado, acusados de haber profanado un lugar consagrado por la religión brahmánica.

— ¿Habéis oído? —preguntó el juez a Phileas Fogg.

—Sí, señor —respondió mister Fogg mirando el reloj—, y lo confieso.

— ¡Ah! ¿Conque lo confesáis?

—Lo confieso, y estoy aguardando que esos tres sacerdotes declaren a su vez lo que querían hacer en la pagoda de Pillaji.

Los sacerdotes se miraron. No comprendían al parecer nada en las palabras del acusado.

— ¡Sin duda! —exclamó impetuosamente Passepartout—. ¡En esa pagoda de Pillaji, ante la cual iban a quemar a su víctima!

Los sacerdotes volvieron a quedar estupefactos, asombrándose profundamente el juez Obadiah.

— ¿Qué víctima? —preguntó—. ¿Quemar a quién? ¿En medio de la ciudad de Bombay?

— ¿Bombay? —exclamó Passepartout.

—Sin duda no se trata de la pagoda de Pillaji, sino de la pagoda de Malebar-Hill, en Bombay.

—Y como pieza de convicción, he aquí los zapatos del profanador —añadió el escribano colocando un par de ellos encima de la mesa.

— ¡Mis zapatos! —exclamó Passepartout, quien altamente sorprendido no pudo contener esa involuntaria exclamación.

Fácil es comprender lo confundidos que quedaron amo y criado. Se habían olvidado del incidente de Bombay, y éste era precisamente lo que los traía ante el magistrado de Calcuta.

En efecto, el agente Fix había comprendido todo el partido que podía sacar de ese desgraciado asunto. Atrasando su marcha doce horas había ido a aconsejar lo que debían hacer los sacerdotes de Malebar-Hill. Les había prometido resarcimiento de perjuicios, sabiendo muy bien que el gobierno inglés se mostraba muy severo con esos delitos, y después por el tren siguiente los había hecho ir en seguimiento de los culpables. Pero a causa del tiempo empleado en dar libertad a la joven viuda, Fix y los indios llegaron a Calcuta antes que Phileas Fogg y su criado, a quienes los magistrados, prevenidos por despacho telegráfico, debían prender al apearse del tren.

Júzguese la sorpresa de Fix cuando supo que Phileas Fogg no había llegado a la capital del Indostán. Debió creer que el ladrón, deteniéndose en una de las estaciones, se había refugiado en una de las provincias septentrionales. Durante las veinticuatro horas, Fix estuvo de acecho en la estación, sospechando que se le había escapado. ¡Cuál fue después su alegría al verlo aquella misma mañana bajar del vagón en compañía, es cierto, de una joven cuya presencia no podía explicar! Al punto envió contra él un agente de policía, y de esa manera Fogg, Passepartout y la viuda del rajá de Bundelkund fueron conducidos ante el juez Obadiah.

Y no estando Passepartout tan preocupado, hubiera visto en un rincón al "detective", que asistía al juicio con interés fácil de comprender, porque en Calcuta como en Bombay y como en Suez, no tenía aún el mandato de prisión.

Entretanto, el juez Obadiah había tomado acta de la confesión, que se le había escapado a Passepartout, quien hubiera dado todo lo que poseía por poder retirar sus imprudentes palabras.

— ¿Los hechos se confiesan? —dijo el juez.

—Confesados —respondió mister Fogg.

—repuso el juez —que la ley inglesa protege igual y rigurosamente todas las religiones de las poblaciones indias; estando el delito confesado por el señor Passepartout; convencido de haber profanado el pavimento de la pagoda de Malebar-Hill, en Bombay, el día 20 de octubre, condena al susodicho Passepartout a quince días de prisión y una multa de trescientas libras.

— ¿Trescientas libras? —exclamó Passepartout, que sólo se manifestó impresionado por la multa.

— ¡Silencio! —dijo el alguacil con áspera voz.

—Y —añadió el juez Obadiah—,condeno al señor Phileas Fogg a ocho días de prisión y ciento cincuenta libras de multa por ser responsable de su criado. Escribano, llamad a otros.

. Fix, en su rincón, experimentaba una satisfacción indecible. Phileas Fogg, detenido ocho días en Calcuta, era más de lo que necesitaba para dar tiempo a que el mandamiento llegase.

Passepartout estaba atolondrado. Esta sentencia arruinaba a su amo. Una apuesta de veinte mil libras perdida, y todo por haber tenido la curiosidad de entrar en aquella maldita pagoda.

Phileas Fogg, tan dueño de sí, como si la sentencia no te hubiese alcanzado, no había movido tan siquiera las cejas. Pero en el momento en que el escribano llamaba a otro juicio, se levantó y dijo:

—Ofrezco caución.

—Tenéis el derecho de hacerlo —respondió el juez.

Fix sintió frío en sus fibras, pero recobró su tranquilidad cuando oyó que el juez, atendida la cualidad de extranjeros de Phileas Fogg y su criado, fijaba la caución para cada uno de ellos en la enorme suma de mil libras.

Eran dos mil libras más de gasto para mister Fogg si no cumplía la condena.

— ¡Pago! —exclamó el *gentleman*.

Y retiró del saco que llevaba Passepartout un paquete de billetes de banco que dejó sobre la mesa del escribano.

—Esta suma os será devuelta al salir de la cárcel —dijo el juez—. Entretanto, estáis libre.

—Venid —dijo Phileas Fogg a su criado.

— ¡Pero al menos que me devuelvan mis zapatos! —exclamó Passepartout con un movimiento de rabia.

Le devolvieron sus zapatos.

— ¡Bien caros cuestan! —dijo entre dientes—. ¡Más de mil libras cada uno! ¡Sin contar que me hacen daño!

Passepartout siguió con actitud compungida a mister Fogg, que había ofrecido su brazo a la joven. Fix corrió detrás del coche, que se detuvo en uno de los muelles.

A media milla, el "*Rangoon*" estaba aparejando con su pabellón de marchado izado sobre el mástil. Daban las once. Mister Fogg llegaba, pues, con una hora de adelanto. Fix lo vio aparecer y entrar en un bote con Aouda y su criado. El agente dio con el pie en el suelo.

— ¡Bribón! —exclamó—. ¡Se marcha! ¡Dos mil libras sacrificadas! ¡Pródigo como un ladrón! Lo perseguiré allá a donde vaya.

Capítulo XVI

El "*Rangoon*", para el servicio del mar de China y del Japón, era un vapor de hierro, de hélice. Igualaba al "*Mongolia*" en velocidad, pero no en comodidades. Por eso mistress Aouda no estuvo tan bien instalada como lo hubiera deseado Phileas Fogg. Por lo demás, tratándose sólo de una travesía de tres mil quinientas millas, o sea de once a doce días, la joven no fue viajera de difícil acomodo.

Durante los primeros días de la travesía, mistress Aouda contrajo mayor intimidad con Phileas Fogg. En todas ocasiones le manifestaba el más vivo reconocimiento. El flemático *gentleman* la escuchaba, en apariencia al menos, con la mayor frialdad, sin que una entonación ni un ademán revelasen la más ligera emoción. Cuidaba que nada faltase a la joven. Passepartout le había explicado algo de la excéntrica personalidad de su amo. Le había instruido de la apuesta que le hacía dar la vuelta al mundo. Mistress Aouda se había sonreído; pero al fin le debía la vida, y su salvador no podía salir perdiendo en que ella lo viese al través de su reconocimiento.

Esta primera parte de la travesía del "*Rangoon*" se efectuó con excelentes condiciones. El tiempo era bueno, favorable a la marcha del vapor.

El desarrollo panorámico de las islas era soberbio. Inmensos bosques de palmeras asiáticas, bambúes, moscadás, tecks, mimosas gigantescas, helechos arborescentes cubrían el primer plano del país, perfilándose atrás las montañas. El "*Rangoon*" se dirigió con rapidez hacia el estrecho de Malaca, que debía darle acceso a los mares de la China.

Mientras Fix se había embarcado en el "*Rangoon*" sin haber sido visto de Passepartout, y confiaba en disimular su presencia hasta la llegada a puerto. Sin embargo, los acontecimientos fueron otros muy distintos.

Hong-Kong era el último puerto inglés, sino conseguía dar caza a Fogg se escaparía definitivamente. En suelo inglés se necesitaba una orden de prisión pero fuera de allí se necesitaría una orden de extradición, sin duda más lenta de conseguir, el ladrón se escaparía definitivamente.

En última instancia, Fix estaba decidido a revelárselo todo a Passepartout, dándole a conocer el amo a quien servía y del cual no era ciertamente cómplice. Passepartout, con esta revelación, debería creerse comprometido, y entonces se pondría de parte de Fix.

También le preocupaba la presencia de Aouda. ¿Quién era aquella mujer? ¿Qué hacía con Fogg? El encuentro había tenido lugar evidentemente entre Bombay y Calcuta. Pero, ¿en qué punto de la península? Ese viaje al través de la India ¿había sido emprendido con el fin de reunirse con tan linda persona? ¡Porque era lindísima! Bien lo había reparado Fix en la sala de audiencias del tribunal de Calcuta. Y ¿si hubiese sido raptada por Fogg? En ese caso ni todo el dinero del mundo serviría para burlar la cárcel.

Lo que importaba era prevenir a las autoridades inglesas y señalar el paso del "*Rangoon*" antes del desembarque. Nada era más fácil, puesto que el vapor hacía escala en Singapur, y esta ciudad se hallaba enlazada con la costa de China por un alambre telegráfico.

Sin embargo, antes de obrar, y con el fin de proceder con más seguridad, Fix resolvió interrogar a Passepartout. Sabía que no era muy difícil hacerle hablar, y se decidió a romper el disimulo que hasta entonces había guardado. Fix apareció en el puente con intento de ir al encuentro de Passepartout con señales de la mayor sorpresa. Passepartout se estaba paseando a proa cuando el inspector corrió hacia él, exclamando:

—¡Vos aquí en el "*Rangoon*"!

—¡El señor Fix a bordo! —respondió Passepartout, absolutamente sorprendido al reconocer a su compañero de travesía del "*Mongolia*"—. ¡Cómo! ¡Os dejo en Bombay y os encuentro en camino de Hong-Kong! Entonces, ¿también estáis dando la vuelta al mundo?

—No —respondió Fix— y pienso detenerme en Hong-Kong, al menos durante algunos días.

—¡Ah! —dijo Passepartout que tuvo un momento de asombro—. ¿Y cómo no os he visto desde la salida de Calcuta?

—Cierto malestar... un poco de mareo... He guardado cama en mi camarote... ¿Y vuestro amo mister Phileas Fogg?

—Con cabal salud y tan puntual como su itinerario. ¡Ni un día de atraso! ¡Ah, señor Fix, no lo sabéis; pero también está con nosotros una joven señora!

— ¿Una joven señora? —respondió el agente, que aparentaba perfectamente no comprender lo que su interlocutor quería decir.

Pero Passepartout lo puso pronto al corriente de la historia. Refirió el incidente de la pagoda de Bombay, la adquisición del elefante al precio de dos mil libras, el suceso del "sutty", el rapto de Aouda, la sentencia del tribunal de Calcuta, la libertad bajo caución. Fix, que conocía la última parte de estos incidentes, fingía ignorarlos todos.

—Pero en suma —preguntó Fix—, ¿es que vuestro amo intenta llevarse a esa joven a Europa?

—No, señor Fix, no. Vamos a entregarla a uno de sus parientes; rico comerciante de Hong-Kong.

¿Queréis una copa de gin, señor Picaporte? —preguntó Fix.

—Con mucho gusto, señor Fix. ¡Nuestro encuentro a bordo del "*Rangoon*" bien merece que bebamos!.

Capítulo XVII

Desde aquel día, Picaporte y el agente se encontraron con frecuencia; pero Fix estuvo muy reservado con su compañero y no trató de hacerle hablar. Sólo vio una o dos veces a mister Fogg que permanecía en el salón del "*Rangoon*", ora haciendo compañía a Aouda, ora jugando al *whist*, según su invariable costumbre.

En cuanto a Passepartout, se puso a pensar sobre la extraña casualidad que traía otra vez a Fix al mismo camino que su amo. Ese caballero, muy amable y a la verdad muy complaciente, les seguía desde Suez. ¿Tras de quién iba Fix?

Passepartout no sospechó la razón última por la cual Fix les seguía más bien interpretó la presencia permanente de Fix como la de un agente enviado en seguimiento de Phileas Fogg por sus compañeros del Reform-Club, a fin de reconocer si el viaje se hacía efectivamente alrededor del mundo, según el itinerario convenido.

— ¡Es evidente, es evidente! —Decía para sí el honrado mozo. ¡Es un espía que esos caballeros han enviado tras de nosotros! ¡Eso no es digno! ¡Mister Fogg, tan hombre de bien! ¡Hacerle espiar por un agente! ¡Ah! ¡Señores del Reform-Club, caro os costará!

Encantado Passepartout de su descubrimiento, resolvió, sin embargo, no decir nada a su amo. Pero se propuso bromear a Fix con este motivo, por medio de palabras embozadas y sin comprometerse.

El miércoles 30 de octubre, por la tarde, el "*Rangoon*" entraba en el estrecho de Malaca, que separa la península de ese nombre de las tierras de Sumatra. Unos islotes montuosos, muy escarpados y pintorescos, ocultaban a los pasajeros la vista de la gran isla.

Al siguiente día, a las cuatro de la mañana, habiendo el "*Rangoon*" ganado media jornada sobre la travesía reglamentaria, anclaba en Singapur a fin de renovar su provisión de carbones.

Phileas Fogg inscribió ese adelanto en la columna de beneficios, y esta vez bajó a tierra, acompañando a Aouda, que había manifestado deseos de pasear durante algunas horas.

Fix, a quien parecía sospechosa toda acción de Fogg, lo siguió con disimulo. En cuanto a Passepartout, que se reía al ver la maniobra de Fix, fue a hacer sus ordinarias compras.

La isla de Singapur es pequeña. Carece de montañas y, por consiguiente, de perfiles. Es un parque cortado por hermosas carreteras. Un bonito coche, tirado por esos elegantes caballos importados de Nueva Zelanda, transportó a mistress Aouda y a Phileas Fogg a pasear por la campiña durante dos horas.

A las diez volvían al vapor, después de haber sido seguidos sin sospecharlo por el inspector, que también había tenido que hacer gasto de coche.

Passepartout los aguardaba en el puente del "*Rangoon*". A las once, el "*Rangoon*", después de haberse abastecido de carbón, largaba sus amarras; y algunas horas más tarde los pasajeros perdían de vista las altas montañas de Malaca, cuyas selvas abrigan los más hermosos tigres de la tierra.

Singapur dista mil trescientas millas de la isla de Hong-Kong, pequeño territorio inglés desprendido de la costa de China. Phileas Fogg tenía interés en recorrerlas lo «más en seis días, a fin de tomar en Hong-Kong el vapor que partía el 6 de noviembre para Yokohama, uno de los principales puertos de Japón.

El "*Rangoon*" iba muy cargado. Se habían embarcado en Singapur numerosos pasajeros, la mayor parte de los cuales iban en las clases inferiores.

El tiempo, bastante bello hasta entonces, cambió con el último cuarto de luna. La mar se puso gruesa. El viento arreció, pero felizmente por el Sureste, lo cual favorecía la marcha del vapor. Cuando era manejable, el capitán hacía desplegar velas. Así se recorrieron sobre una zona estrecha y a veces muy penosa las costas de Anam y Cochinchina.

Convenía, pues, tomar grandes precauciones durante el mal tiempo. Era menester algunas veces estar a la capa con poco vapor, lo cual era una pérdida de tiempo que no parecía afectar a Phileas Fogg de modo alguno, pero que irritaba mucho a Passepartout. Acusaba entonces al capitán, al maquinista, y enviaba al diantre a todos los que se ocupan de transportar viajeros.

— ¿Parece que tenéis mucha prisa en llegar a Hong-Kong? —le dijo un día el detective.

— ¡Una prisa espantosa!

— ¿Luego ahora creéis en ese extraño viaje alrededor del mundo?

— Absolutamente. ¿Y vos, señor Fix?

— ¿Yo? No creo en él.

— ¡Truhán! —respondió Passepartout guiñando el ojo.

Esa palabra dejó pensativo al agente. El calificativo lo inquietó mucho sin saber por qué. ¿Lo había adivinado el francés? No sabía qué pensar.

Días después, Passepartout dio muestras de haber reconocido su calidad de agente de policía. Pero, ¿se lo habría dicho a su amo? ¿Qué papel hacía en todo esto? ¿Era cómplice o no? El agente pasó algunas horas angustiosas, creyéndolo algunas veces todo perdido, esperando otras que Fogg ignoraba la situación, y por último, no sabiendo qué partido tomar.

Entretanto, se estableció la calma en su cerebro y resolvió obrar francamente con Passepartout. Si no se encontraba en las condiciones apetecidas para prender a Fogg en Hong-Kong, y así Fogg se preparaba para salir definitivamente del territorio inglés, él, Fix, se lo diría todo a Passepartout.

Capítulo XVIII

La travesía en el "*Rangoon*" fue bastante mala a causa de una tempestad que se desató que hizo rebajar la velocidad y con ello atrasar la empresa de Mister Fogg.

Phileas Fogg asistía a aquel espectáculo de un mar furioso que parecía luchar directamente contra él, sin perder su habitual impasibilidad. Su frente no se nubló ni un instante, y sin embargo, calculaba una tardanza que podría comprometer la salida del vapor de Yokohama. Para Fix el retraso jugaba a su favor porque obligaría a Mister Fogg a permanecer algunos días en Hong-Kong.

En cuanto a Passepartout, bien se puede imaginar, amigo lector, cómo estaba su ánimo. La tempestad lo exasperaba, la ráfaga lo enfurecía, y de buen grado hubiera azotado a aquel mar tan desobediente. ¡Pobre mozo!

Por fin la tempestad se apaciguó; el estado del mar se modificó en la jornada del 4 de noviembre. El viento volvió dos cuartos al Sur y se tornó favorable.

Passepartout se serenó juntamente con el tiempo. Las gaviotas y foques pudieron desplegarse, y el "*Rangoon*" prosiguió su rumbo con maravillosa velocidad.

Pero no era posible recobrar todo el tiempo perdido. Era necesario resignarse, y la tierra no se divisó hasta el día 6 a las cinco de la mañana. El itinerario de Phileas Fogg señalaba la llegada para el 5. Había, pues una pérdida de veinticuatro horas, y necesariamente se perdía la salida para Yokohama.

A las seis, el piloto subió a bordo del "*Rangoon*" y se colocó en el puente que cubre la escotilla de la máquina para dirigir el buque por los pasos hasta el puerto de Hong-Kong.

Passepartout ardía en deseos de preguntar a ese hombre si el vapor de Yokohama había partido. Fue mister Fogg quien preguntó cuándo saldría un buque de Hong-Kong para Yokohama.

—Mañana a la primera marea —respondió el piloto.

— ¡Ah! —exclamó mister Fogg sin manifestar ningún asombro.

Passepartout, que estaba presente, hubiera abrazado de buen grado al piloto, a quien Fix retorcería con gusto el cuello.

— ¿Cuál es el nombre de ese vapor? —preguntó mister Fogg.

—El "*Carnatic*" —respondió el piloto.

— ¿No debía marchar ayer?

—Sí, señor, pero tenía que hacer reparaciones en su caldera y se aplazó la salida para mañana.

—Os doy las gracias —respondió mister Fogg, que con paso automático bajó al salón del "*Rangoon*".

A la una, el "*Rangoon*" estaba en el muelle y los pasajeros desembarcaron.

En esta circunstancia debemos convenir en que el azar había singularmente favorecido a Phileas Fogg. Sin la necesidad de reparar sus calderas el "*Carnatic*" se hubiera marchado el 5 de noviembre, y los viajeros para el Japón hubieran tenido que aguardar durante ocho días la salida del vapor siguiente. Es cierto que mister Fogg estaba veinticuatro horas atrasado, pero este atraso no podía tener para él consecuencias sensibles.

En efecto, el vapor que hace la travesía del Pacífico desde Yokohama a San Francisco, estaba en correspondencia directa con el de Hong-Kong y no podía salir antes de la llegada de éste. Habría evidentemente veinticuatro horas de atraso en Yokohama, pero durante los veintidós días que dura la travesía del Pacífico sería fácil recobrarlas. Phileas Fogg se hallaba, pues, con veinticuatro horas de diferencia en las condiciones de su programa, treinta y cinco días después de su salida de Londres.

El "*Carnatic*" no debía salir hasta el día siguiente a las cinco, y por consiguiente podía mister Fogg disponer de dieciséis horas para sus asuntos; es decir, para los de Aouda. Al desembarcar ofreció su brazo a la joven y la condujo a una litera pidiendo a los porteadores que le indicasen una fonda.

Se tomó un cuarto para la joven, y Phileas Fogg cuidó que nada le faltase. Dio a Passepartout la orden de acompañar a la joven y partió para buscar a los parientes de de Aouda. Sin embargo, las únicas referencias que consiguió fue que se trasladaron a Europa, probablemente a Holanda.

Aouda no respondió nada. Se pasó la mano por la frente y estuvo meditando durante algunos instantes. Después, dijo con suave voz:

—¿Qué debo hacer, mister Fogg?

—Muy sencillo —respondió el *gentleman*—. Venir a Europa.

—Pero yo no puedo abusar...

—No abusáis, y vuestra presencia no entorpece mi programa. ¿Passepartout?

—Señor —respondió Passepartout.

—Id al "*Carnatic*" y tomad tres camarotes.

Passepartout, gozoso de seguir el viaje en compañía de la joven que lo trataba con mucho agrado, dejó al punto el "Hotel del Club".

Capítulo XIX

Hong-Kong no es más que un islote de posesión británica. La isla se halla situada en la embocadura del río de Cantón, habiendo solamente sesenta millas hasta la ciudad portuguesa de Macao, construida en la ribera opuesta. Hong-Kong debía por necesidad vencer a Macao en la lucha mercantil, y ahora la mayor parte del tránsito chino se efectúa por la ciudad inglesa.

Passepartout se dirigió con las manos metidas en los bolsillos hacia el puerto Victoria. Allí, vio a Fix nervioso y salió a su encuentro sin aparentar que notaba la inquietud de su compañero.

Ahora bien, el agente tenía buenas razones para echar pestes contra el infernal azar que lo perseguía. ¡No había mandamiento! Era evidente que éste corría tras de él y no podía alcanzarlo sino permaneciendo algunos días en la ciudad. Y como Hong-Kong era la última tierra inglesa del trayecto, mister Fogg se le iba a escapar definitivamente si no lograba retenerlo.

—Y bien, señor Fix, ¿estáis decidido a venir con nosotros a América? —preguntó Passepartout.

—Sí —respondió Fix apretando los dientes.

— ¡Enhorabuena! —exclamó Passepartout soltando una ruidosa carcajada—. Bien sabía yo que no podríais separaros de nosotros. ¡Venid a tomar vuestro pasaje, venid!

Y ambos entraron en el despacho de los transportes marítimos, tomando camarotes para cuatro personas; pero el empleado les advirtió que estando concluidas las reparaciones del "*Carnatic*" se marcharía éste aquella misma noche a las ocho, y no al siguiente día como se había anunciado.

—Muy bien —exclamó Passepartout— esto no vendrá mal a mi amo. Voy a avisarle.

En aquel momento, Fix tomó una resolución extrema. Resolvió decírsele todo a Passepartout. Era éste el único medio de retener a Phileas Fogg durante algunos días en Hong-Kong

Al salir del despacho, Fix ofreció a su compañero convidarlo en una taberna. Passepartout tenía tiempo, y aceptó el convite.

Había en el muelle una taberna de atractivo aspecto, donde ambos entraron. Era una extensa sala bien adornada, en el fondo de la cual había una tarima de campaña, guarnecida de almohadas, y sobre la cual se hallaba cierto número de durmientes.

Unos treinta clientes ocupaban la gran sala. Los unos vaciaban pintas de cerveza inglesa, los otros, copas de licores alcohólicos, gin o brandy. Además, la mayor parte de ellos fumaba en largas pipas de barro colorado, llenas de bolitas de opio mezclado con esencia de rosa. Después, de vez en cuando, algún fumador caía bajo la mesa; y los mozos, tomándolo por los pies y la cabeza, lo llevaban a la tarima para que allí durmiera tranquilamente. Estaban allí colocados como treinta de éstos, embriagados, unos junto a otros-

Fix y Picaporte comprendieron que habían entrado en un fumadero de opio. Bien ha procurado el gobierno chino remediar este abuso por medio de leyes severas, pero en vano. De la clase rica, a la cual estaba al principio formalmente reservado el uso del opio, descendió el vicio hasta las clases inferiores, y ya no fue posible contener sus estragos. Se fuma el opio en todas partes, entregándose a esa inhalación no pueden pasar sin ella, porque experimentan horribles contracciones en el estómago. Un buen fumador puede aspirar ocho pipas al día, pero se muere en cinco años.

Se pidieron dos botellas de Oporto.

—Tengo que hablaros de cosas serias —le dijo Fix

—¡De cosas serias! —exclamó Passepartout vaciando algunas gotas de vino que se habían quedado en el fondo de su vaso—. Pues bien, mañana hablaremos. No tengo tiempo hoy.

—Quedaos —dijo Fix—. ¡Se trata de vuestro amo!

Passepartout, al oír esto, miró con fijeza a su interlocutor.

La expresión del semblante de Fix le pareció singular, y se sentó.

— ¿Qué tenéis, pues, que decirme? —preguntó.

Fix apoyó la mano en el brazo de su compañero, y bajando la voz, dijo:

—¿Habéis adivinado quién soy?

—¡Pardiez! —dijo Passepartout sonriendo.

—Entonces voy a confesarlo todo...

—...¡Ahora que lo sé todo, compadre! ¡Ah! ¡Eso no tiene chiste! ¡Pero, en fin, seguid; mas antes dejadme deciros que esos caballeros hacen gastos bien inútiles!

—¡Inútiles! —dijo Fix—. ¡Habláis como queréis! ¡Ya se ve que no conocéis la importancia de la suma!

—Pero sí que la conozco perfectamente —respondió Passepartout—. ¡Se trata de veinte mil libras!

—¡Cincuenta y cinco mil! —repuso Fix, estrechando la mano del francés.

—¡Cómo! —exclamó Passepartout—. Mister Fogg se habrá atrevido... ¡Cincuenta y cinco mil libras!... Pues bien, razón de más para no perder momento —añadió levantándose otra vez.

—¡Cincuenta y cinco mil libras! —repuso Fix, que hizo sentar de nuevo a Passepartout, después de haber hecho traer un frasco de brandy—. Y si salgo bien, gano una prima de dos mil libras. ¿Queréis quinientas con la condición de ayudarme?

—¿Ayudaros? —exclamó Picaporte, cuyos ojos se abrían desmesuradamente.

—¡Así es, ayudarme a retener a mister Fogg en Hong-Kong durante unos días!

—¿Eh? —dijo Passepartout—, ¿Qué estáis ahí diciendo? ¡Cómo! ¡No contentos con hacer seguir a mi amo y sospechar de su lealtad, esos caballeros quieren además promover obstáculos! ¡Me avergüenzo por ellos!

—¿Qué es eso? ¿Qué queréis decir? —preguntó Fix.

—Quiero decir que es muy poco delicado. Esto equivale a despojar a mister Fogg y sacarle el dinero del bolsillo.

—¡De eso precisamente se trata!

—Pero es una acechancia —exclamó Picaporte animándose por la influencia del brandy que le servía Fix y que bebía sin advertirlo—. Una verdadera asechancia. ¡Unos caballeros! ¡Unos colegas!

Fix empezaba a no comprender.

—¡Unos colegas! —exclamó Passepartout—. ¡Miembros del Reform-Club! Sabed, señor Fix, que mi amo es hombre honrado, y que cuando hace una apuesta trata de ganarla lealmente.

—Pero, ¿quién creéis que soy? —preguntó Fix clavando su mirada en Passepartout.

—¡Es evidente! Un agente de los socios del Reform-Club, con la misión de vigilar el itinerario de mi amo, lo cual es altamente humillante. Así es que, si bien hace algún tiempo que he adivinado vuestro oficio, me he guardado muy bien de revelárselo a mister Fogg.

—¿No sabe nada? —preguntó con viveza Fix.

—Nada —respondió Passepartout, vaciando otra vez su vaso.

El inspector de policía se pasó la mano por la frente y vacilaba antes de tomar la palabra. ¿Qué debía hacer? El error de Passepartout parecía sincero, pero dificultaba todavía mas su proyecto. Era evidente que el muchacho hablaba con absoluta buena fe y que no era el cómplice de su amo, lo cual hubiera podido recelar Fix.

—Pues bien —dijo—, puesto que no eres cómplice suyo, me ayudarás.

El agente se había afirmado en su resolución, y por otra parte no había tiempo que perder. A toda costa era necesario prender a Fogg en Hong-Kong.

—Escuchad —dijo Fix con presteza; escuchadme bien. Yo no soy lo que pensáis; es decir, un agente de los miembros del Reform-Club...

—¡Bah! —dijo Passepartout mirándolo con aire burlón.

—Soy inspector de policía encargado de una misión...

—¡Vos... inspector de policía ... !

—Sí, y lo pruebo —repuso Fix—. He aquí mi título.

Y el agente, sacando un papel de la cartera, enseñó a su compañero un nombramiento firmado por el director de la policía central. Passepartout miraba atónito a Fix, sin poder articular una sola palabra.

—La apuesta de mister Fogg —prosiguió Fix— no es más que un pretexto del que sois juguete vos y sus compañeros del Reform-Club, porque tenía interés en asegurarse vuestra inconsciente complicidad.

— ¿Y por qué? —exclamó Passepartout.

—Escuchad. El día 28 de septiembre último se hizo en el Banco de Inglaterra un robo de cincuenta y cinco mil libras por un individuo cuyas señas pudieron recogerse. He aquí esas señas, que son una por una las de mister Fogg.

— ¡Quita allá! —exclamó Passepartout hiriendo la mesa con su robusto puño—. ¡Mi amo es el hombre más honrado del mundo!

— ¿Qué sabéis, puesto que ni siquiera lo conocéis? ¡Habéis entrado a servirle el día de su partida, y se marchó precipitadamente con ese pretexto insensato, sin equipaje y llevándose una gruesa suma de billetes de banco! ¿Y os atrevéis a sostener que es hombre de bien?

— ¡Sí! ¡Si —repetía maquinalmente el pobre mozo.

— ¿Queréis, pues, que os prenda como cómplice suyo?

Passepartout se había asido la cabeza con ambas manos. No parecía el mismo. No se atrevía a mirar al inspector de policía. ¡Phileas Fogg, ladrón, el salvador de Aouda, el hombre generoso y valiente! ¡Y, sin embargo, cuántas presunciones contra él! Passepartout trataba de rechazar las sospechas que invadían su entendimiento. No quería creer en la culpabilidad de su amo.

—En fin, ¿qué queréis de mí? —preguntó al agente de policía, conteniéndose por un supremo esfuerzo.

—Esto —respondió Fix—. He seguido a mister Fogg hasta aquí, pero no he recibido todavía el mandamiento de prisión que he pedido a Londres. Es necesario que me ayudéis a detenerlo en Hong-Kong...

— ¡Yo! ¿Que ayude a. .. ?

— ¡Y partiremos la prima de dos mil libras prometidas por el Banco de Inglaterra!

—¡Jamás! —respondió Passepartout, que se quiso levantar y volvió a caer sintiendo que su razón y sus fuerzas le faltaban a un tiempo—. Señor Fix —dijo

tartamudeado—, aun cuando fuese verdad todo lo que me habéis dicho... aun cuando mi amo fuese el ladrón que buscáis... lo cual niego... he estado... estoy a su servicio... lo conozco como bueno y generoso... Venderlo... jamás... no, por todo el oro del mundo... ¡Soy de un lugar donde no se come pan de esa especie!

— ¿Os negáis?

—Me niego.

—Supongamos que nada he dicho —respondió Fix— y bebamos.

—Sí, bebamos.

Passepartout se sentía cada vez más invadido por la embriaguez. Comprendiendo Fix que era necesario a toda costa separarlo de su amo, quiso rematarlo. Había sobre la mesa algunas pipas cargadas de opio. Fix puso una en manos de Passepartout, quien la tomó, la llevó a los labios, la encendió, respiró algunas bocanadas, y cayó con la cabeza aturdida bajo la influencia del narcótico.

—En fin —dijo Fix al ver a Picaporte anonadado—, mister Fogg no recibirá a tiempo el aviso de la salida del "*Carnatic*"; y, si parte, al menos se irá sin ese maldito francés.

Y luego salió, después de haber pagado el gasto.

Capítulo XX

Mientras mister Fogg se paseaba con Aouda por las calles de la ciudad inglesa. Desde que la joven había aceptado la oferta de conducirla a Europa, mister Fogg había tenido que pensar en todos los pormenores que requiere tan largo viaje. Que un inglés como él diese la vuelta al mundo con un saco de noche, pase; pero una mujer no podía emprender semejante travesía, en tales condiciones. De aquí resultaba la necesidad de comprar vestidos y objetos necesarios para el viaje. Mister Fogg hizo este servicio con la calma que le caracterizaba, y a todas las excusas y observaciones de la joven viuda, confundida con tanto obsequio, respondió invariablemente:

—Esto es en interés de mi viaje; está en mi programa.

Realizadas las compras regresaron al hotel. Si algo debiera haberlo asombrado, era no haber visto a su criado en todo el día pero, sabiendo que el vapor no salía de Hong-Kong hasta el siguiente día, no se preocupó de ello. Passepartout no acudió, sin embargo, por la mañana, al llamamiento de la campanilla.

Al no acudir Passepartout al llamamiento, Mister Fogg y Aouda se dirigieron al embarcadero. Eran entonces las ocho, y la marea, que debía aprovechar el "*Carnatic*" para su salida, estaba indicada para las nueve y media.

Media hora más tarde, los viajeros bajaban al muelle de embarque, y allí supieron que el "*Carnatic*" se había marchado la víspera.

Mister Fogg, que esperaba encontrar, a la vez, el buque y a su criado, tuvo que pasar sin el uno y sin el otro; pero en su rostro, no apareció ninguna señal de inquietud, y se contentó con responder.

—Es un incidente, señora, y nada más.

En aquel momento, un personaje, que lo observaba con atención, se acercó a él. Era el inspector Fix, que lo saludó y le dijo:

—¿No sois, como yo, caballero, uno de los pasajeros del "*Rangoon*" llegado ayer?

—Sí, señor —respondió con frialdad mister Fogg—. Pero no tengo la honra...

—Dispensadme, pero creí encontrar aquí a vuestro criado.

— ¿Sabéis dónde está, caballero? —preguntó con viveza la joven viuda.

— ¡Cómo! ¿No está con vosotros? —dijo Fix, fingiéndose sorprendido.

—No —respondió Aouda—. Desde ayer no ha vuelto a verse. ¿Se habrá embarcado sin nosotros a bordo del "*Carnatic*"?

— ¿Sin vos, señora? —Respondió el agente—. Pero, permitidme una pregunta, ¿pensabais, por lo visto, marchar en el vapor?

—Sí, señor.

—Yo también, señora, y me encuentro muy contrariado. ¡Habiendo terminado el "*Carnatic*" sus reparaciones, ha salido de Hong-Kong, doce horas antes, sin avisar a nadie, y ahora será menester aguardar ocho días la próxima salida!

Al pronunciar estas palabras "ocho días", Fix sentía latir su corazón de gozo. ¡Ocho días! ¡Fogg detenido ocho días en Hong-Kong! Había tiempo de recibir el mandamiento. En fin, la suerte se declaraba en favor del representante de la ley.

Júzguese del golpe que recibió cuando oyó decir a Phileas Fogg, con sosegada voz:

—Pero me parece que en el puerto de Hong-Kong hay otros buques.

Y mister Fogg, ofreciendo su brazo a Aouda, se dirigió en busca de un buque dispuesto a marchar.

Fix lo seguía, desconcertado. Phileas Fogg, durante tres horas, recorrió el puerto en todos los sentidos, sin encontrar un buque que aparejar. Fix comenzó a recobrar esperanzas.

Pero mister Fogg no se desanimaba, e iba a continuar sus investigaciones, aun cuando para ello tuviera que ir hasta Macao, cuando le salió al encuentro un marino que, descubriéndose, le dijo:

—¿Busca Vuestro Honor un barco?

— ¿Lo tenéis dispuesto a marchar? —preguntó mister Fogg.

—Sí, señor; un barco-piloto, el número 43, el mejor de la flotilla.

— ¿Marcha bien?

—Entre ocho y nueve millas, lo menos. ¿Queréis verlo?

—Sí.

— ¿Se trata de un paseo por mar?

—No. De un viaje.

— ¡Un viaje!

— ¿Os encargáis de conducirme a Yokohama?

El marino, al oír esto, se quedó con los brazos colgando y los ojos desencajados.

—¿Cómo? —dijo.

—¡No! —He perdido la salida del "*Carnatic*", y tengo que estar el 14, lo más tarde, en Yokohama, para tomar el vapor de San Francisco.

—Lo siento —respondió el piloto—, pero es imposible.

—Os ofrezco cien libras por día, y una prima de doscientas libras si llego a tiempo.

— ¿Formalmente? — preguntó el piloto.

—Muy formal —respondió mister Fogg.

El piloto se había retirado aparte. Miraba al mar, luchando evidentemente entre el deseo de ganar una suma enorme y el temor de aventurarse tan lejos. Fix estaba sufriendo mortales angustias.

Entretanto, mister Fogg se había vuelto hacia Aouda, diciéndole:

— ¿No tendréis miedo?

—Con vos, no, mister Fogg —respondió la joven viuda.

El piloto se había adelantado de nuevo hacia el *gentleman*, dando vueltas al sombrero entre las manos.

— ¿Y bien, piloto? —dijo mister Fogg.

—Pues bien, Señor —respondió el piloto—; no puedo arriesgar ni a mis hombres, ni a mí, ni a vos mismo en tan larga travesía, sobre una embarcación de veinte toneladas y en esta época del año. Además, no llegaríamos a tiempo, porque hay mil seiscientas cincuenta millas de Hong-Kong a Yokohama.

—Mil seiscientas tan sólo —dijo mister Fogg.

—Lo mismo da.

Fix respiró una bocanada de aire.

—Pero —añadió el piloto—, habría, quizá, medio de arreglar la cosa de otro modo.

Fix ya no respiró.

— ¿Cómo? — preguntó Phileas Fogg.

.Yendo a Nagasaki, en la punta meridional del Japón, mil cien millas, o a Shangai, ochocientas millas de Hong-Kong. En esta última travesía nos separaríamos poco de la costa china, lo cual sería una gran ventaja, tanto más cuanto que las corrientes van hacia el Norte.

—Piloto —dijo Phileas Fogg—, en Yokohama es donde debo tomar el correo americano, y no en Shangai ni en Nagasaki.

— ¿Por qué no? —repuso el piloto—. El vapor de San Francisco no sale de Yokohama, sino que hace allí escala, así como en Nagasaki, siendo Shangai su punto de partida.

— ¿Estáis cierto de lo que decís?

—Cierto.

— ¿Y cuándo sale el vapor de Shangai?

El 11, a las siete de la tarde. Tenemos cuatro días para llegar, esto es, noventa y seis horas; y con un promedio de ocho millas por hora, si tenemos fortuna, si el viento es del Sureste, si la mar está bonancible, podemos salvar las ochocientas millas que nos separan de Shangai.

— ¿Y cuándo podéis marchar?

—Dentro de una hora. El tiempo de comprar víveres y aparejar.

—Asunto convenido... ¿Sois el patrón del buque?

—Sí, señor; John Bunsby, patrón de la "*Tankadera*".

— ¿Queréis una señal?

—Si no sirve de molestia, señor.

—Ahí tenéis doscientas libras a cuenta... Caballero —añadió Phileas Fogg, volviéndose hacia Fix—, si queréis aprovechar..

—Iba a pedirlos ese favor —respondió resueltamente Fix.

—Pues bien; dentro de media hora, estaremos a bordo.

—Pero este pobre muchacho... —dijo mistress Aouda, a quien la desaparición de Passepartout preocupaba mucho.

—Voy a hacer por él todo cuanto pueda —respondió Phileas Fogg.

Y mientras que Fix, nervioso, calenturiento, rabioso, se dirigía al barco-piloto, ambos se fueron a las oficinas de la policía de Hong-Kong. Allí Phileas Fogg dio las señas de Passepartout, y dejó una cantidad suficiente para que lo mandasen a Europa. La misma formalidad se cumplió en el consulado de Francia, y después de haber tocado en el hotel, donde se recogió el equipaje, volvieron los viajeros al puerto.

Daban las tres. El barco-piloto número 43, con su tripulación a bordo, y sus víveres embarcados, estaba a punto de darse a la vela.

Era la "*Tankadera*" una bonita goleta de veinte toneladas, delgada de proa, franca de corte, muy prolongada en su línea de agua. Parecía un yate de carrera. Debía marchar maravillosamente, y de hecho había ganado ya muchos premios en las carreras de barcos-pilotos.

—Phileas Fogg y mistress Aouda pasaron a bordo, donde ya se encontraba Fix. Por la carroza de popa de la goleta se bajaba a una cámara cuadrada, cuyas paredes se arqueaban por encima de un diván circular. En medio había una mesa, alumbrada por una lámpara a prueba de vaivén. Era aquello muy pequeño, pero muy limpio.

—Siento no poderos ofrecer otra cosa mejor —dijo mister Fogg a Fix, que se inclinó sin responder.

El inspector de policía sentía cierta humillación en aprovechar así los obsequios de mister Fogg.

—¡Seguramente —decía para sí—, que es un bribón muy cortés; pero es un bribón!

A las tres y diez minutos se izaron las velas partiendo con destino a Shangai

Capítulo XXI

Era expedición arriesgada. Los mares de la China son generalmente malos; están expuestos a borrascas terribles, principalmente durante los equinoccios, y todavía no habían transcurrido los primeros días de noviembre.

Fix estaba meditabundo en la proa. Se mantenía apartado, sabiendo que Fogg era poco hablador; por otra parte, le repugnaba hablar con el hombre de quien aceptaba los servicios. Phileas Fogg y Aouda no dejaban de pensar en Passepartout, que tan singularmente había desaparecido. Después de meditar mucho, no le pareció imposible que, por mala inteligencia, el pobre mozo se hubiese embarcado en el "*Carnatic*" en el último momento. Podía, pues, acontecer que lo encontrasen en Yokohama, y sería fácil saber si el "*Carnatic*" se lo había llevado.

A medianoche, Phileas Fogg y Aouda bajaron a la cámara. Fix les había precedido y se había tendido en el diván. En cuanto al piloto y sus hombres, permanecieron toda la noche sobre cubierta.

El siguiente día, 8 de noviembre, al salir el sol, la goleta había andado más de cien millas y durante todo ese día se mantuvo una marcha rápida que convenía a todos excepto a Fix.

Por la tarde, el piloto reconocía como recorridas doscientas veinte millas desde Hong-Kong, y Phileas Fogg podía esperar que al llegar a Yokohama sin retraso para su programa.

Durante la noche, hacia las primeras horas de la mañana, la "*Tankadera*" entraba en el estrecho de Fo-Kien, que separa la costa china de la isla de

Formosa, y cortaba el trópico de Cáncer. El mar estaba muy duro en dicho estrecho, lleno de remolinos, formados por las contracorrientes. La goleta iba muy trabajada. La marejada quebrantaba su marcha, y era muy difícil tenerse de pie sobre cubierta.

Con el alba, el viento arreció más. Había en el cielo apariencias de un cercano chubasco. Además, el barómetro anunciaba un próximo cambio en la atmósfera; se aproximaba una tempestad.

El piloto examinó, durante mucho tiempo, aquel mal aspecto del cielo, y murmuró, entre dientes, algunas palabras poco inteligibles. En cierto momento, dijo en voz baja a su pasajero:

—¿Puede decirse todo, señor?

—Todo —respondió Phileas Fogg.

—Pues bien; vamos a tener chubasco.

—¿Del Norte o del Sur? —preguntó sencillamente mister Fogg.

—Del Sur. Se está preparando un tifón.

—Vaya por el tifón del Sur, puesto que nos empujará hacia el buen lado —respondió Fogg.

—Si así lo tomáis —replicó el piloto—, nada tengo que decir.

El piloto fue a preparar el barco. Arrió todas las velas sobre cubierta. Los botadores fueron despasados. Las escotillas se condenaron cuidadosamente. Ni una gota de agua podía penetrar en el casco de la embarcación. Sólo se izó en trinquetilla una sola vela triangular, para conservar a la goleta con viento en popa, y, así las cosas, se esperó.

A las ocho la borrasca de agua y de ráfagas cayó a bordo. Sólo con su trinquetilla, la "*Tankadera*" fue despedida como una pluma por aquel viento, del cual no se puede formar exacta idea sino cuando sopla en tempestad.

Durante toda la jornada, corrió así hacia el Norte, arrastrada por olas monstruosas, y conservando, felizmente, una velocidad igual a la de ellas. Veinte veces estuvo a pique de quedar anegada por una de esas montañas de agua que se levantan por popa, pero la catástrofe se evitaba por un diestro golpe de timón dado por el piloto.

La tempestad se acentuó con la llegada de la noche. John Bunsby tuvo serios temores de naufragio pero al ver la tranquilidad y seguridad de Fogg, se callo y la dirección de la "*Tankadera*" se mantuvo denodadamente hacia el Norte.

¡Noche ciertamente terrible! Fue un milagro que la goleta no volcase. Dos veces se vio comprometida. Al asomar el día, la tempestad se desencadenaba todavía con extraordinario furor. Sin embargo, el viento volvió al Sureste. Era una modificación favorable, y la "*Tankadera*" hizo rumbo de nuevo en aquel mar bravío, cuyas olas se estrellaban entonces con las producidas por la nueva dirección del viento.

A mediodía, hubo algunos síntomas de calma, que, con el descenso del sol en el horizonte, se pronunciaron con más decisión.

La corta duración de la tempestad se debió a su misma violencia. Los pasajeros, completamente quebrantados, pudieron comer algo y tomarse algún descanso.

La noche fue relativamente apacible. El piloto hizo restablecer sus velas en bajos rizos. La velocidad de la embarcación era considerable. Al amanecer del 11, reconocida la costa, aseguró John Bunsby que Shangai no distaba cien millas.

No quedaba más que aquella jornada para andar esas cien millas. Aquella misma tarde debía llegar mister Fogg a Shangai, si no quería faltar a la salida del vapor de Yokohama.

A mediodía, la "*Tankadera*" no estaba a más de cuarenta y cinco millas de Shangai. Le faltaban seis horas para llegar al puerto, antes de la salida del vapor de Yokohama.

Los temores se despertaron con viveza. Se quería llegar a toda costa. Todos, excepto Phileas Fogg, sentían latir su corazón de impaciencia. ¡Era necesario que la goleta se mantuviese en un promedio de nueve millas por hora, y el viento seguía calmándose! Era una brisa irregular que soplaba de la costa a rachas, después de cuyo paso desaparecía el oleaje.

Sin embargo, la embarcación era tan ligera, sus velas, de tejido fino, recogían tan bien los movimientos sueltos de la brisa que, con ayuda de la corriente, a las seis, John Bunsby no contaba ya más que diez millas hasta la ría de Shangai, porque esta ciudad está situada a doce millas de la embocadura.

A las siete todavía faltaban tres millas hasta Shangai. De los labios del piloto se escapó una formidable imprecación. La prima de doscientas libras iba a escapársele. Miró a mister Fogg, quien estaba impasible, a pesar de que se jugaba en aquel momento la fortuna entera.

Entonces apareció sobre el agua un largo huso negro, coronado por un penacho de humo. Era el vapor americano, que salía a la hora reglamentaria.

— ¡Maldición! —exclamó John Bunshy, que rechazó la barca con desesperado brazo.

— ¡Señales! —dijo simplemente Phileas Fogg.

En la proa de la "*Tankadera*" había un cañoncito de bronce, que servía para señales en tiempo de bruma.

El cañón se cargó hasta la boca; pero, en el momento en que el piloto iba a aplicar la mecha, dijo mister Fogg:

— ¡La bandera!

La bandera se arrió a medio mástil, en demanda de auxilio, esperando que, al verla, el vapor americano modificaría su rumbo para acudir a la embarcación.

— ¡Fuego! — dijo mister Fogg.

Y la detonación estalló por los aires.

Capítulo XXII

El "*Carnatic*", salido de Hong-Kong el 7 de noviembre, a las seis y media de la tarde, se dirigía a todo vapor hacia las tierras del Japón. Dos cámaras de popa estaban desocupadas; eran las que se habían tomado para Phileas Fogg.

Al día siguiente por la mañana, los hombres de proa pudieron ver, no sin sorpresa, a un pasajero que, con la vista medio embobada, el andar vacilante, la cabeza espantada, salía de un compartimento.

Ese pasajero era Passepartout en persona. He aquí lo acontecido:

Algunos instantes después que Fix salió del fumadero, dos mozos habían recogido a Passepartout, profundamente dormido, y lo habían acostado sobre la tarima reservada a los fumadores. Pero, tres horas más tarde, Passepartout, perseguido hasta en sus pesadillas por una idea fija, se despertaba y luchaba contra la acción del narcótico. Se arrastraba, cayendo y levantándose y salía del fumadero gritando como en sueños: ¡el "*Carnatic*", el "*Carnatic*"!

El vapor estaba ya humeando y dispuesto a marchar. Passepartout consiguió alcanzarlo y cayó sin aliento a proa, en el momento en que el "*Carnatic*" largaba sus amarras.

Algunos marineros, como gente acostumbrada a esta clase de escenas, descendieron al pobre mozo a una cámara de segunda, y Passepartout no se despertó hasta la mañana siguiente, a ciento cincuenta millas de las tierras de China.

—¡Es evidente —decía para sí—, que he estado abominablemente ebrio! ¿Qué dirá mister Fogg? En todo caso, no he faltado a la salida del buque, que es lo principal. Lo mas urgente era presentarse a mister Fogg, y darle excusas por lo sucedido.

Sobre cubierta no vio a nadie que se pareciese a mister Fogg, ni a mistress Aouda.

—Bueno —dijo para sí—, mistress Aouda estará todavía acostada, y en cuanto a mister Fogg, habrá tropezado con algún jugador de *whist*, y, según su costumbre...

Diciendo esto, Passepartout bajó al salón. Allí no estaba su amo. Passepartout preguntó al "purser" cuál era el camarote que ocupaba mister Fogg. El "purser" le contestó que no conocía a nadie que se llamara así.

—Dispensad —dijo Passepartout, insistiendo—. Se trata de un caballero alto, frío, poco comunicativo, acompañado de una joven señora...

—No tenemos señoras jóvenes a bordo —respondió el "purser"—. Por lo demás, he aquí la lista de los pasajeros, y podéis consultarla.

Passepartout la leyó, y allí no figuraba el nombre de su amo.

Tuvo una especie de desvanecimiento. Ni una sola idea cruzó por su cerebro.

—Pero, ¿estoy en el "*Carnatic*"? —preguntó.

—Sí —respondió el "purser".

—¿En rumbo para Yokohama?

—Perfectamente.

Passepartout había tenido, de pronto, el temor de haberse equivocado de buque. Pero, si él estaba en el "*Carnatic*", era bien seguro que su amo no.

Passepartout se dejó caer sobre su sillón como herido del rayo. Acababa de recordar que se adelantó la hora de salida y que no había avisado a su amo. ¡Era culpa suya, por consiguiente, que mister Fogg y mistress Aouda hubiesen perdido el viaje!

¡Culpa suya, sí, pero más todavía del traidor que, para separarlo de su amo, y detener a éste en Hong-Kong, lo había embriagado! Porque, al fin, comprendió el ardid del inspector de policía. ¡Y ahora mister Fogg, seguramente arruinado, perdida la apuesta, detenido, ¡preso tal vez!...

En fin, Passepartout recobró su sangre fría, y estudió la situación, que era poco envidiable. El francés estaba en rumbo para el Japón. ¿cómo se marcharía? Tenía los bolsillos vacíos. ¡Ni un chelín, ni un penique! Sin embargo, su pasaje y manutención estaban pagados de antemano. Contaba, pues, con cinco o seis días para pensar la resolución que debía tomar. Comió y bebió durante la travesía, cual no puede describirse. Comió por su amo, por mistress Aouda y por sí mismo. Comió como si el Japón, adonde iba a desembarcar, hubiera sido país desierto, desprovisto de toda substancia comestible.

El 13, a la primera marea, el "*Carnatic*" entraba en el puerto de Yokohama.

Este punto es una importante escala del Pacífico. Yokohama está situado en la misma bahía de Yedo, a corta distancia de esta inmensa ciudad, segunda capital del imperio japonés.

El "*Carnatic*" se arrimó al muelle de Yokohama, cerca de las escolleras y de la aduana, en medio de numerosos buques de todas las naciones.

Passepartout puso el pie, sin entusiasmo ninguno, en aquella tierra tan curiosa de los Hijos del Sol. No tuvo mejor cosa que hacer que tomar el azar por guía, andar errante, a la ventura, por las calles de la población. Pasó el día recorriendo la ciudad y su campiña.

Capítulo XXIII

Al día siguiente, Passepartout, cansado y hambriento cayó su vista sobre un inmenso cartel, que una especie de clown paseaba por las calles de Yokohama. Ese cartel decía, en inglés, lo siguiente:

Compañía Japonesa Acrobática
HONORABLE WILLIAN
BATULCAR

Últimas representaciones antes de
su salida para los Estados Unidos de los
NARIGUDOS—NARIGUDOS
(bajo la invocación directa
del dios Tingú)
¡GRAN ATRACCIÓN!

—¡Los Estados Unidos! —exclamó Picaporte—. ¡Ya di con mi negocio!

Siguió al del cartel y un cuarto de hora más tarde, se detenía delante de una gran barraca.

Era el establecimiento del honorable Batulcar, director de la compañía que, según el cartel, daban sus últimas representaciones antes de dejar el Imperio del Sol, para irse a los Estados Unidos.

Passepartout entró y preguntó por el señor Batulcar, quien se presentó en persona.

— ¿Qué queréis? —dijo a Picaporte, a quien creyó indígena.

— ¿Tenéis necesidad de criado? —preguntó Picaporte.

— ¡Criado! —exclamó el Barnum, acariciando su poblada perilla gris, que adornaba su barba—. Tengo dos, obedientes, fieles, que nunca me han dejado y que me sirven de balde, y sólo por la comida... Y son éstos —añadió, enseñando sus robustos brazos, surcados de venas gruesas como las cuerdas de un contrabajo.

—¿Sois francés?

—Sí, parisiense.

—Entonces, ¿sabréis hacer muecas?

— ¡A fe mía —respondió Picaporte, incomodado por la pregunta—, nosotros, los franceses, sabemos hacer muecas, es verdad, pero no mejor que los americanos!

—Es verdad. Pues bien; puedo tomaros como clown.

—¡Ah!

—Por lo demás, ¿sois vigoroso?

—Sobre todo cuando acabo de comer.

— ¿Y sabéis cantar?

—Sí —respondió Picaporte.

-Pero, ¿sabéis cantar cabeza abajo, con una peonza girando sobre la planta del pie izquierdo y un sable en equilibrio sobre la planta del pie derecho?

— ¡Por supuesto! —respondió Picaporte, que recordaba los primeros ejercicios de su edad juvenil.

— ¡Es que todo consiste en eso! —dijo el honorable Batulcar.

Fue contratado.

La representación debía comenzar a las tres de la tarde, Passepartout debía prestar el apoyo de sus robustos hombros en el gran ejercicio del racimo humano, ejecutado por los narigudos del dios Tingú. Este "gran atractivo" de la representación, debía cerrar la función.

¡Esos narigudos forman una corporación particular, colocada bajo la advocación directa del dios Tingú. Vestidos cual héroes de la Edad Media, llevaban un espléndido par de alas en sus espaldas. Pero lo que especialmente los distinguía, era una nariz larga con que llevaban adornado el rostro, y, sobre todo, el uso que de ella hacían. Esas narices no eran otra cosa más que unos bambúes, de cinco, seis y aun diez pies de longitud, rectos unos, encorvados otros, lisos éstos, verrugosos aquellos. Sobre estos apéndices, fijados con solidez, se verificaban los ejercicios de equilibrio. Una docena de los sectarios del dios Tingú se echaron de espaldas, y sus compañeros se pusieron a jugar sobre sus narices enhiestas cual pararrayos, saltando, volteando de una a otra y ejecutando suertes inverosímiles.

Para terminar, se había anunciado especialmente al público la pirámide humana, en la cual unos cincuenta narigudos debían figurar la carroza de Jaggemaut. Pero en vez de formar esta pirámide tomando los hombros como punto de apoyo, los artistas del honorable Batulcar debían sustentarse narices con narices. Se había marchado de la compañía uno de los que formaban la base de la carroza, Passepartout había sido elegido para reemplazarlo.

¡Ciertamente que el pobre mozo se sintió muy compungido —triste recuerdo de la juventud—, cuando endosó su traje de la Edad Media, adornado de alas multicolores, y se vio aplicar sobre la cara una nariz de seis pies! Pero, al fin, esa nariz era su pan, y tuvo que resignarse a dejársela poner.

Passepartout entró en escena y fue a colocarse con aquellos de sus compañeros que debían figurar la base de la carroza de Jaggernaut. Todos se tendieron por tierra, con la nariz elevada hacia el cielo. Una segunda sección de equilibristas se colocó sobre los largos apéndices, una tercera después, y luego una cuarta, y sobre aquellas narices, que sólo se tocaban por la punta, se levantó un monumento humano hasta la cornisa del teatro.

Los aplausos redoblaban, y los instrumentos de la orquesta resonaban como otros tantos truenos, cuando, conmoviéndose la pirámide, el equilibrio se rompió, y, saliéndose de quicio una de las narices de la base, el monumento se desmoronó cual castillo de naipes...

Tuvo de esto la culpa Passepartout, quien, abandonando su puesto, saltando del escenario sin el auxilio de las alas, y trepando por la galería de la derecha, caía a los pies de un espectador, exclamando:

- ¡Amo mío! ¡Amo mío!
- ¿Vos?
- ¡Yo!
- ¡Pues bien! ¡Entonces, al vapor, muchacho!

Mister Fogg, mistress Aouda, que le acompañaba, y Passepartout, salieron precipitados por los pasillos, pero tropezaron fuera del barracón con el honorable Batulcar, furioso, que reclamaba indemnización por la "rotura". Phileas Fogg apaciguó su furor echándole un puñado de billetes de banco, y a las seis y media, en el momento en que iba a partir, mister Fogg y mistress Aouda ponían el pie en el vapor americano, seguidos de Passepartout, con las alas a la espalda y llevando en el rostro la nariz de seis pies, que todavía no había podido quitarse.

Capítulo XXIV

Fácil es comprender lo acontecido a la vista de Shangai. Las señales hechas por la "*Tankadera*" habían sido observadas por el vapor de Yokohama. Viendo el capitán la bandera de auxilio, se dirigió a la goleta, y algunos instantes después, Phileas Fogg, pagando su pasaje según lo convenido, metía en el bolsillo del patrón John Bunsby ciento cincuenta libras. Después, el honorable *gentleman*, mistress Aouda y Fix, subían a bordo del vapor, que siguió su rumbo a Nagasaki y Yokohama.

Llegado el 14 de noviembre, a la hora reglamentaria, Phileas Fogg, dejando que Fix fuera a sus negocios, se dirigió a bordo del "*Carnatic*", y allí supo, con satisfacción de mistress Aouda, y tal vez con la suya, pero al menos lo disimuló, que el francés Passepartout había llegado, efectivamente, la víspera a Yokohama.

Phileas Fogg, que debía marcharse aquella misma noche para San Francisco, se decidió inmediatamente a buscar a su criado. Se dirigió en vano a los agentes consulares inglés y francés, y, después de haber recorrido inútilmente las calles de Yokohama, desesperaba ya de encontrar a Picaporte, cuando la casualidad, o tal vez una especie de presentimiento, lo hizo entrar en el barracón del honorable Batulcar. Seguramente que no hubiera reconocido a su criado bajo aquel excéntrico atavío de heraldo; pero éste, en su posición invertida, vio a su amo en la galería. No pudo contener un movimiento de su nariz, y de aquí el rompimiento del equilibrio y lo que se siguió.

Esto es lo que supo Passepartout de boca de la misma mistress Aouda, que le refirió entonces cómo se había efectuado la travesía de Hong-Kong a Yokohama, en compañía de un tal Fix.

Al oír nombrar a Fix, Passepartout no pestañeó. Creía que no había llegado el momento de decir a su amo lo ocurrido; así es que, en la relación que hizo de sus aventuras, se culpó a sí propio, excusándose con haber sido sorprendido por la embriaguez del opio de un fumadero de Hong-Kong.

Mister Fogg escuchó esta relación con frialdad y sin responder, y después abrió a su criado un crédito suficiente para procurarse a bordo un traje más conveniente. Menos de una hora después, el honrado mozo, después de quitarse las alas y la nariz, y de mudar de ropa, no conservaba ya nada que recordase al sectario del dios Tingú.

El vapor que hacía la travesía de Yokohama a San Francisco se llamaba "General Grant". Era un gran buque de ruedas, de dos mil quinientas toneladas, bien acondicionado y dotado de mucha velocidad. Largando doce millas por hora, el vapor no debía emplear menos de veintiún días en atravesar el Pacífico. Phileas Fogg estaba por consiguiente, autorizado para creer que, llegando el 2 de diciembre a San Francisco, estaría el 11 en Nueva York y el 20 en Londres, ganando algunas horas sobre la fecha fatal del 21 de diciembre.

Durante la travesía no hubo ningún incidente náutico. El vapor, sostenido sobre sus anchas ruedas, y apoyado por su fuerte velamen, cabeceaba poco, y el Océano Pacífico justificaba bastante bien su nombre. Mister Fogg estaba tan tranquilo y tan poco comunicativo como siempre. Su joven compañera se sentía cada vez más inclinada a este hombre, por otra atracción diferente de la del reconocimiento.

Nueve días después de haber salido de Yokohama, Phileas Fogg había recorrido exactamente la mitad del globo terrestre.

En efecto: el "General Grant" pasaba el 23 de noviembre por el meridiano 180, bajo el cual se encuentran, en el hemisferio austral, los antípodas de Londres. De ochenta días disponibles, mister Fogg había empleado ya ciertamente cincuenta y dos, y no le quedaban ya más que veintiocho; pero si el *gentleman* se encontraba a medio camino en cuanto a los meridianos, había recorrido en realidad más de los dos tercios del trayecto total, a consecuencia de los rodeos de Londres a Adén, de Adén a Bombay, de Calcuta a Singapur y de Singapur a Yokohama. Siguiendo circularmente el paralelo 50, que es el de Londres, la distancia no hubiera sido más que unas doce mil millas, mientras que por los caprichosos medios de locomoción, había que recorrer veintiséis mil, de las cuales el se habían andado ya diecisiete mil quinientas el 23 de noviembre. En lo sucesivo, el camino era directo, y Fix ya no estaba allí para acumular obstáculos.

Aconteció también que, en esa misma fecha, 23 de noviembre, Passepartout experimentó suma alegría. Recuérdese que se había obstinado en conservar la hora de Londres, en su famoso reloj de familia, teniendo por equivocadas todas las horas de los países que atravesaban. Pues bien, aquel día, sin haber tocado a su reloj, se encontró conforme con los cronómetros de a bordo. Fácil es comprender el triunfo de Passepartout, que hubiera querido tener delante a Fix para saber lo que diría.

—¡Ese tunante, que me refería un montón de historias sobre los meridianos, el sol y la luna! —repetía Passepartout—. ¡Vaya una gente! ¡Si la escuchasen, buena relojería habría! Ya estaba yo seguro que algún día se decidiría el sol a arreglarse por mi reloj.

Passepartout ignoraba que, si la muestra de su reloj hubiese estado dividida en veinticuatro horas, en vez de doce, como los relojes italianos, no hubiera tenido motivo ninguno de triunfo, porque las manecillas de su instrumento, cuando fuesen las nueve de la mañana, señalarían las de la noche; es decir, la hora vigésima primera después de medianoche, diferencia precisamente igual a la que existe entre Londres y el meridiano, que está a 180 grados.

¿Y dónde estaba Fix entonces?

Precisamente a bordo del "General Grant".

En efecto, al llegar a Yokohama, el agente Fix había encontrado la carta de apresamiento. Ahora esta orden ya era inútil. ¡Mister Fogg no estaba en las posesiones inglesas, y era necesaria una carta de extradición para prenderlo!

— ¡Corriente! —dijo para sí, después de pasado el primer momento de ira—. El mandamiento no sirve para aquí, pero me servirá en Inglaterra. Si vuelve a Inglaterra le seguiré hasta allí. Fix se embarcó en el "General Grant". Intentó mantenerse oculto hasta que aquel día se encontró de cara con Passepartout.

Passepartout se arrojó al cuello de Fix sin otra explicación, y, con gran satisfacción de algunos americanos, que apostaron a su favor, administró al desventurado inspector una soberbia tunda, que demostró la alta superioridad del pugilato francés sobre el inglés.

Cuando Passepartout acabó, se encontró más tranquilo y como aliviado, Fix se levantó en bastante mal estado, y mirando a su adversario, le dijo con frialdad:

—¿Habéis concluido?

—Sí, por ahora.

—Entonces, vamos a hablar.

—Que yo...

—En interés de vuestro amo.

Passepartout, como subyugado por esta sangre fría, siguió al inspector de policía, y se sentaron aparte.

—Me habéis zurrado —dijo Fix—. Bien lo esperaba. Ahora, escuchadme. Hasta ahora, he sido adversario de mister Fogg; pero, en adelante, voy a ayudarlo.

— ¡Al fin! —exclamó Passepartout—. ¿Lo creéis hombre honrado?

—No —respondió con frialdad Fix—; lo creo un bribón... pero me he convencido de que regresa a Inglaterra y eso es lo que a mi también me interesa. Sólo en Inglaterra es donde sabréis si estáis al servicio de un criminal o de un hombre de bien.

Passepartout había escuchado a Fix con mucha atención, y se convenció de su buena fe.

—¿Somos amigos? —preguntó Fix.

—Amigos, no —respondió Passepartout—. Seremos aliados pero al menor signo de traición, os retuerzo el pescuezo.

—Convenido —dijo tranquilamente el inspector de policía.

Once días después, el 3 de noviembre, el "General Grant" entraba en la bahía de la Puerta de Oro y llegaba a San Francisco.

Mister Fogg no había ganado todavía, ni perdido, un solo día.

Capítulo XXV

Eran las siete de la mañana, cuando Phileas Fogg, mistress Aouda y Passepartout pusieron el pie en continente americano.

Tan luego como mister Fogg desembarcó, preguntó a qué hora salía el primer tren para Nueva York. Le dijeron que a las seis de la tarde, y, por consiguiente, podía emplear un día entero en la capital de California. Hizo traer un coche para mistress Aouda y para él y se dirigió al hotel Internacional.

San Francisco ofrecía el aspecto de una gran ciudad comercial. Calles y avenidas cortadas a escuadra, y entre las cuales había plazas con jardines verdosos.

El restaurante del hotel era confortable. Mister Fogg y mistress Aouda se instalaron en una mesa, y fueron abundantemente servidos. Después de almorzar, Phileas Fogg, acompañado de mistress Aouda, salió del hotel para ir a visar su pasaporte en el consulado inglés. Encontró en la acera a su criado, que le preguntó si sería prudente, antes de tomar el ferrocarril del Pacífico, comprar algunas carabinas Enfield o revólveres Colt. Passepartout había oído hablar de los sioux y de los pawnees, que paran los ferrocarriles como ladrones. Mister Fogg respondió que era precaución inútil; pero lo dejó en libertad de obrar como pluguiese, y después se dirigió a la oficina del agente consular.

Phileas Fogg no había andado doscientos pasos, cuando, "por una de las más raras casualidades", encontró a Fix. Repuestos de la sorpresa, el inspector Fix se unió al grupo.

Mistress Aouda, Phileas Fogg y Fix, echaron, pues, a pasear por las calles, y no tardaron en hallarse en Montgomery Street, donde la afluencia de la muchedumbre era enorme. En medio de los grupos circulaban hombres-carteles, y por el aire ondeaban banderas y banderolas, oyéndose una gritería inmensa por todos lados.

—¡Hurra por Kamerfield!

—¡Hurra por Madiboy!

Era un mitin.

En aquel momento, comenzó la agitación de la multitud las manos se convirtieron en puños.

—Creo prudente retirarnos —dijo Fix, que no tenía empeño en que su hombre recibiese un mal golpe o se mezclase en un mal negocio—.

—Un ciudadano inglés... —respondió Phileas Fogg.

Pero el *gentleman* no terminó su frase. Detrás de él, desde aquella terraza precedida de las gradas, salieron un tropel de electores que llegaba a unirse a la pelea.

Mister Fogg, mistress Aouda y Fix se hallaron entre dos fuegos. Era demasiado tarde para huir. Un enorme mocetón de perilla roja, tez encendida, ancho de espalda, que parecía ser el jefe de la cuadrilla, levantó su formidable puño sobre mister Fogg, y hubiera lastimado mucho al *gentleman* si Fix, por salvarlo, no hubiese recibido el golpe en su lugar. Un enorme chichón se desarrolló instantáneamente bajo el sombrero.

—¡*Yankee!* —dijo mister Fogg, echando sobre su adversario una mirada de profundo desprecio.

—¡*Englishman!* —respondió el otro.

—¡Nos volveremos a ver las caras!

—Cuando gustéis. ¿Vuestro nombre?

—Phileas Fogg. ¿Y el vuestro?

—El coronel Stamp W. Proctor.

Y dicho esto la marejada pasó. Fix había quedado por el suelo, y se levantó con la ropa destrozada, pero sin daño de cuidado.

—Gracias —dijo mister Fogg al inspector tan luego como estuvieron fuera de peligro.

—No hay de qué —respondió Fix—,

Y luego, regresaron al hotel Internacional.

Allí Passepartout esperaba a su amo, armado con media docena de revólveres puñales de seis tiros y de inflamación central. Cuando vio a Fix, su frente se oscureció. Pero mistress Aouda le hizo una relación de lo acaecido, y se tranquilizó. A todas luces, Fix no era ya enemigo, sino aliado, y cumplía su palabra.

Terminada la comida, trajeron un coche para conducir a los viajeros y el equipaje a la estación a donde llegaron a las seis menos cuarto. El tren estaba dispuesto a marchar.

En el momento en que mister Fogg iba a entrar en el vagón, se dirigió a un empleado, diciéndole:

—Amigo mío ¿no ha habido algunos disturbios hoy en San Francisco?

—Era un mitin, caballero, se elegía a un juez de paz —respondió el empleado.

Después de oír esta respuesta, Phileas Fogg montó en el vagón, y el tren partió a todo vapor.

Capítulo XXVI

"*Ocean to Ocean*" (de Océano a Océano) —así dicen los americanos— y esas tres palabras debían ser la denominación general de la gran línea que atraviesa los Estados Unidos de América en su mayor anchura.

Nueva York y San Francisco están, por consiguiente, unidas por una vía férrea de tres mil setecientas ochenta y seis millas. El ferrocarril cruza una región frecuentada todavía por los indios y las fieras y una vasta extensión de territorio ocupado por los mormones.

Se hablaba poco en el vagón, y, por otra parte, el sueño iba a apoderarse pronto de los viajeros. Passepartout se encontraba colocado cerca del inspector de policía, pero no le hablaba. Ya no había simpatía ni intimidación.

Una hora después de la salida del tren, comenzó a caer nieve, que no podía, afortunadamente, entorpecer la marcha del tren.

A las ocho, un camarero entró en el vagón y anunció a los pasajeros que había llegado la hora de acostarse. Ese vagón era un coche cama, que en algunos minutos queda transformado en dormitorio.

Esa noche pasaron por Sacramento, penetraron en el macizo de Sierra Nevada. A las ocho de la mañana el dormitorio era de nuevo un vagón ordinario, y los viajeros podían ver por los cristales la sierra.

Había pocos túneles o ninguno, y no existían puentes. El ferrocarril seguía los contornos de las montañas.

Desde este punto, la vía férrea, costeando el río "Humboldt", se elevó durante algunas millas hacia el Norte, siguiendo su curso; después torció al Este, no debiendo ya separarse de ese río, antes de llegar a los montes Humboldt, donde nace casi en la extremidad oriental del estado de Nevada.

Después de haber almorzado, mister Fogg, mistress Aouda y sus compañeros volvieron a sus asientos. Phileas Fogg, la joven Aouda y sus compañeros, confortablemente instalados, miraban el paisaje variado que se presentaba a la vista; vastas praderas, montañas que se perfilaban en el horizonte, torrentes que rodaban sus aguas espumosas. De vez en cuando aparecía, en masa dilatada, un gran rebaño de bisontes, cual dique movedizo. Esos innumerables ejércitos de rumiantes oponen a veces un obstáculo insuperable al paso de los trenes. La locomotora tiene entonces que detenerse y aguardar que la vía esté libre.

Y eso fue lo que en aquella ocasión aconteció. A las tres de la tarde, la vía quedó interrumpida por un rebaño de diez o doce mil cabezas. La máquina tuvo que detenerse ante la impenetrable masa.

Aquellos rumiantes, búfalos, como impropriamente los llaman los americanos, marchaban con tranquilo paso, dando a veces formidables mugidos. Passepartout estaba enfurecido por la tardanza que ocasionaba esa aglomeración de animales. De buena gana hubiera descargado sobre ellos su arsenal de revólveres.

—¡Qué país! —Exclamó—. ¡Unos simples bueyes que detienen los trenes! El desfile de los bisontes duró tres horas largas, y la vía estuvo libre al caer la noche.

Eran, pues, las ocho, cuando el tren cruzó los desfiladeros de los montes Humboldt, y las nueve y media cuando penetró en el territorio de Utah, la región del Gran Lago Salado, el curioso país de los mormones.

Capítulo XXVII

Durante la noche del 5 al 6 de noviembre, el tren corrió al Sureste sobre un espacio de unas cincuenta millas, y luego subió otro tanto hacia el Nordeste, acercándose al Gran Lago Salado a mediodía.

El Lago Salado, con unas setenta millas de longitud y treinta y cinco de altura, está situado a tres mil ochocientos pies sobre el nivel del mar. Sus aguas tienen en disolución la cuarta parte de materia sólida. Su peso específico es de 1,179, siendo 1,000 la del agua destilada. Por eso allí no pueden existir peces.

A las dos, los viajeros se apeaban en la estación de Odgen. El tren no debía marchar hasta las seis. Mister Fogg, mistress Aouda y sus dos compañeros tenían, por consiguiente, tiempo para ir a la Ciudad de los Mormones y visitar una ciudad completamente americana.

A las tres, los viajeros se paseaban, pues, por las calles de la ciudad, Mister Fogg y sus compañeros no encontraron la ciudad muy poblada. Las calles estaban casi desiertas, salvo la parte del templo. Las mujeres eran bastante numerosas, lo cual se explica por la práctica de la poligamia. No debe creerse, sin embargo, que todos los mormones son polígamos. Cada cual es libre de hacer sobre este particular lo que guste; pero conviene observar lo que son las ciudadanas del Utah, las que tienen especial empeño en ser casadas, porque, según la religión del país, el cielo mormón no admite a solteras.

Passepartout, soltero por convicción, no miraba sin cierto espanto a esas mormonas, encargadas de hacer, entre muchas, la felicidad de un solo mormón. En su buen sentido, de quien se compadecía más era del marido. Le parecía, tal vez equivocándose, que las ciudadanas de Great-Lake-City dirigían a su persona miradas algo inquietantes.

Por fortuna, su residencia en la Ciudad de los Santos, no debía prolongarse. A las cuatro menos algunos minutos, los viajeros se hallaban en la estación y volvían a ocupar su asiento en los vagones y el tren se puso en marcha.

Capítulo XXVIII

El tren, al salir de Great-Lake-City y de la estación de Odgen, se elevó durante una hora hacia el Norte hacia el río Veber, después de recorrer unas novecientas millas desde San Francisco.

En el lago Salado era donde el trazado llegaba a su más alto punto de altitud. Desde aquí su perfil describía una curva muy prolongada, que bajaba hacia el valle de Bitter-Creek, para remontarse hasta la línea divisoria de las aguas entre el Océano y el Pacífico. Los ríos eran numerosos en esta región montuosa.

Al día siguiente, 7 de diciembre, hubo un cuarto de hora de parada en la estación de Green River. La nieve había caído, durante la noche. Este mal tiempo no dejó de inquietar a Passepartout, porque la acumulación de las nieves, entorpeciendo las ruedas de los vagones, hubiera comprometido seguramente el viaje.

—Pero, ¿qué idea —decía para sí— habrá tenido mi amo para viajar durante el invierno? ¿No podía aguardar la buena estación, para tener mayores probabilidades?

Algunos viajeros se habían apeado y se paseaban por el muelle de la estación de Green River, aguardando la salida del tren. A través del cristal reconoció entre ellos al coronel Steam Proctor, aquel americano que tan groseramente se había conducido con Phileas Fogg, durante el mitin de San Francisco. Mistress Aouda, no queriendo ser vista, se echó para atrás. Era necesario impedir a toda costa que Phileas Fogg viese a su adversario.

Mistress Aouda, cuando el tren echó de nuevo a andar, aprovechó un momento en que mister Fogg dormitaba para poner a Fix y Passepartout al corriente de lo que ocurría.

—¡Ese Proctor está en el tren! —exclamó Fix—. Pues bien: tranquilizaos, señora; antes de entenderse con el llamado... con mister Fogg, ajustará cuentas conmigo. Me parece que, en todo caso, yo soy quien ha recibido los insultos más graves.

—Y además —añadió Passepartout—, yo me encargo de él, por más coronel que sea.

—Es preciso que no lo vea —repuso mistress Aouda—, mister Fogg no dejará a nadie el cuidado de vengarlo.

La conversación se suspendió. Mister Fogg se había despertado y miraba el campo por entre el vidrio manchado de nieve.

¿Y podía hallarse algún medio de detener a mister Fogg en el compartimento para evitar todo encuentro con el coronel? En todo caso, el inspector de policía creyó haber dado con el medio, porque a los pocos instantes decía a Phileas Fogg:

—A bordo de los buques —repuso el inspector— teníais costumbre de jugar vuestra partida de *whist*.

—Sí, pero aquí sería difícil; no hay naipes ni jugadores.

—¡Oh! En cuanto a los naipes, ya los hallaremos, porque se venden en todos los vagones americanos. En cuanto a compañeros de juego, si por casualidad la señora...

—Ciertamente, caballero —respondió con viveza Aouda—, sé jugar al *whist*. Eso forma parte de la educación inglesa.

—Y yo —repuso Fix—, tengo alguna pretensión de jugarlo bien. Por consiguiente, haremos la partida a tres.

—Como gustéis —repuso mister Fogg, gozoso de dedicarse a su juego favorito aun en ferrocarril.

Passepartout fue en busca de dos barajas, fichas, tantos y una tablilla forrada de paño. No faltaba nada. El juego comenzó. Mistress Aouda sabía bastante bien el *whist*, aun recibió algunos cumplidos del severo Phileas Fogg. En cuanto al inspector, era de primera fuerza y capaz de luchar con el *gentleman*.

—Ahora —dijo entre sí Passepartout—, ya es nuestro y no se moverá.

En el horizonte del Norte y del Este se levantaban las Montañas Rocosas, dominada por el pico de Laramia. Con algunas horas más, el trayecto de las Montañas Rocosas quedaría hecho, y, por consiguiente, podía esperarse que ningún incidente perturbaría el paso del tren por tan áspera región. Ya no nevaba y el frío era seco. Era el desierto con su inmensa desnudez.

Después de un almuerzo bastante confortable, servido en el mismo vagón, mister Fogg y sus compañeros acababan de tomar los naipes de nuevo, cuando se oyeron violentos silbidos. El tren se paró.

Passepartout se asomó a la portezuela y no vio nada, ni había estación alguna.

Mistress Aouda y Fix pudieron temer por un momento que mister Fogg bajase a la vía, pero el *gentleman* se contentó con decir a su criado:

—Id a ver lo que es eso.

Passepartout salió, y unos cuarenta viajeros habían dejado ya sus puestos, entre ellos el coronel Steam Proctor.

El tren se había parado ante una señal roja.

Passepartout oyó decir al guardavía:

—¡No! ¡No hay medio de pasar! El puente de Medicine Bow es débil y no aguantaría el peso del tren.

El puente de que se trataba era colgante, y cruzaba sobre un torrente. Según el guardavía, muchos alambres estaban rotos, y el puente amenazaba ruina, siendo imposible arriesgarse y pasarlo.

Passepartout, que no se atrevía a contárselo a su amo, estaba oyendo lo que decían, quieto como una estatua y apretando los dientes.

—¡Me parece —exclamó el coronel Proctor— que no vamos a estar aquí criando raíces en la nieve!

—Coronel —respondió el conductor—, hemos telegrafiado a la estación de Omaha para pedir un tren, pero es probable que no llegue a Medicine Brow antes de seis horas.

—¡Seis horas! —dijo Passepartout.

El descontento era general entre los viajeros. Hubo, pues, alboroto, vociferaciones, gritería, y esto hubiera debido llamar la atención de Phileas Fogg, a no estar absorto en el juego.

Sin embargo, Passepartout tenía que darle parte de lo que pasaba, y se dirigía al vagón con la cabeza baja cuando el maquinista, verdadero *yankee* llamado Foster, dijo, levantando la voz:

—Señores, tal vez hay un medio de pasar. Creo, que, lanzando el tren con su máxima velocidad, hay probabilidad de pasar.

Todos se quedaron sorprendidos pero la empresa, quizá, saldría con éxito.

—¡Diantre! —exclamó Passepartout. —Por otra parte —pensó—, hay otra cosa más sencilla que ni siquiera se le ocurre a esa gente.

—Caballero —dijo a uno de los viajeros—, el medio propuesto por el maquinista me parece algo aventurado, pero una simple reflexión...

—Reflexión inútil —respondió el americano, encogiéndose de hombros—, si el maquinista asegura que pasaremos, se hará.

—Sin duda, pasaremos; pero quizá...

—¡Al tren, al tren! —gritaba el conductor.

—¡Sí, al tren! —repetía Passepartout—: ¡Al tren! ¡Pero nadie me impedirá pensar que hubiera sido más natural pasar primero el puente a pie, y luego el tren!...

Nadie oyó tan cuerda reflexión.

Los viajeros volvieron a los coches: Passepartout ocupó su asiento sin decir nada de lo ocurrido. Los jugadores estaban absortos en su *whist*.

La locomotora silbó vigorosamente. El maquinista, invirtiendo el vapor, trajo el tren para atrás durante cerca de una milla, retrocediendo para tomar impulso.

Después de otro silbido, comenzó la marcha hacia delante; se fue acelerando, y muy luego la velocidad fue espantosa. Los pistones daban veinte golpes por segundo; los ejes humeaban entre las cajas de grasa. Se sentía, por decirlo así, que el tren entero, marchando con una rapidez de cien millas por hora, no gravitaba ya sobre los rieles.

Y pasaron como un relámpago. Nadie vio el puente. El tren saltó, por decirlo así, de una orilla a otra, y el maquinista no pudo detener su máquina desbocada sino a cinco millas más allá de la estación.

Pero apenas había pasado el tren, cuando el puente, definitivamente arruinado, se desplomaba con estrépito sobre el Medicine-Bow.

Capítulo XXIX

Aquella misma tarde, el tren proseguía su marcha sin obstáculos, se alcanzaba el punto más alto del trayecto, los viajeros ya no tenían más que bajar hasta el Atlántico a través de las llanuras.

Se habían recorrido mil trescientas ochenta y dos millas desde San Francisco, en tres días y tres noches, cuatro noches y cuatro días debían bastar, según toda la previsión, para llegar a Nueva York. Phileas Fogg se mantenía, por consiguiente, dentro del plazo reglamentario.

El "Lodge-Pole-Creek" discurría paralelamente a la vía, siguiendo sus aguas la frontera rectilínea común a los Estados de Wyoming y de Colorado. A las once entraban en Nebraska.

La vía férrea seguía por la izquierda del brazo meridional del río Platte. A las nueve, se llegaba a la importante ciudad de North Platte, construida entre los dos brazos de ese gran río, que se vuelven a reunir alrededor de ella para no formar, en adelante ya, más que una sola arteria, afluyente considerable cuyas aguas se confunden con las del Missouri.

Mister Fogg y sus compañeros proseguían su juego, sin que ninguno de ellos se quejase de la longitud del camino. Detrás de la banqueta salió una voz diciendo:

—Yo jugaría oros

Mister Fogg, mistress Aouda y Fix, levantaron la cabeza. El coronel Proctor estaba junto a ellos.

Steam Proctor y Phileas Fogg se reconocieron en seguida.

—¡Ah! Sois vos, señor inglés —exclamó el coronel— -No tiene usted ni idea de este juego.

—Tal vez seré más diestro en otro —dijo Phileas Fogg, levantándose.

—¡Sólo de vos depende ensayarlo! —replicó el grosero personaje.

Mistress Aouda había palidecido, afluyendo toda su sangre al corazón. Passepartout iba a echarse sobre el americano, que miraba a su adversario con el aire más insultante posible, pero Fix se había levantado, y yendo hacia el coronel Proctor, le dijo:

—Olvidáis que es conmigo con quien debéis entenderos, porque no sólo me habéis injuriado, sino golpeado.

—Señor Fix —dijo Fogg—, perdonad, pero esto me concierne a mí solo.

—Cuando queráis y donde queráis —respondió el americano—, y con el arma que queráis.

Mistress Aouda intentó en vano detener a mister Fogg. El inspector hizo inútiles esfuerzos para hacer suya la cuestión. Passepartout quería echar al coronel por la portezuela, pero una seña de su amo lo contuvo. Phileas Fogg salió del vagón, y el americano lo acompañó a la plataforma.

—Caballero —dijo mister Fogg a su adversario—, tengo mucha prisa en llegar a Europa, y una tardanza cualquiera perjudicaría mucho mis intereses.

—¿Y qué me importa? —respondió el coronel Proctor.

—Caballero —dijo cortésmente mister Fogg—, después de nuestro encuentro en San Francisco, había formado el proyecto de volver a buscaros a América, tan luego como hubiese terminado los negocios que me llaman al antiguo continente.

— ¡De veras! Esas no son más que pamplinas o al instante, o nunca.

—Como usted quiera. ¿Vais a Nueva York?

—En la estación inmediata, y allí llegará el tren dentro de una hora; se detendrá diez minutos, durante los cuales se pueden disparar algunos tiros.

—Bajaré en la próxima estación.

Y creo que allí os quedaréis —añadió el americano con sin igual insolencia.

—¿Quién sabe, caballero? —respondió mister Fogg, y entró en su vagón tan calmoso como de costumbre.

Allí el *gentleman* comenzó por tranquilizar a mistress Aouda, diciéndole que los fanfarrones no eran nunca de temer. Después rogó a Fix que le sirviera de testigo en el encuentro que se iba a verificar. Fix no podía rehusarse y Phileas Fogg prosiguió, tranquilo, su interrumpido juego.

A las once, el silbato de la locomotora, anunció la aproximación a la estación de Plum-Creek. Mister Fogg se levantó, y, seguido de Fix, salió a la galería. Passepartout le acompañaba, llevando un par de revólveres. Mistress Aouda se había quedado en el vagón, pálida como una muerta.

En aquel momento, se abrió la puerta del otro vagón, y el coronel Proctor apareció también en la galería, seguido de su testigo, un yanqui de su temple. Pero, en el momento en que los dos adversarios iban a bajar a la vía, el conductor acudió gritando:

—No se baja, señores.

—¿Y por qué? —preguntó el coronel.

—Llevamos veinte minutos de retraso, y el tren no se para.

—Lo siento muchísimo, señores —dijo entonces el conductor—. En cualquier otra circunstancia hubiera podido servirlos. Pero, en definitiva, puesto que no habéis podido batiros en esta estación, ¿quién os impide que lo hagáis aquí?

—Eso no convendrá tal vez al señor —dijo el coronel Proctor con aire burlón.

—Eso me conviene perfectamente —respondió Phileas Fogg.

Los dos adversarios y sus testigos, precedidos de conductor, se fueron al último vagón del tren.

El vagón, que tenía unos cincuenta pies de largo, se prestaba muy bien para el caso. Los adversarios podían marchar uno contra otro entre las banquetas y fusilarse a su gusto. Nunca hubo duelo más fácil de arreglar. Mister Fogg y el coronel Proctor, provistos cada uno de dos revólveres, entraron en el vagón. Sus testigos los encerraron. Al primer silbido de la locomotora debía comenzar el fuego.

Se esperaba el silbido convenido, cuando resonaron de repente unos gritos salvajes, acompañados de tiros que no procedían del vagón ocupado por los duelistas. Los disparos se escuchaban, al contrario, por la parte delantera del tren y en el interior de éste se oían gritos de furor.

El coronel Proctor y mister Fogg, con revólver en mano, salieron al instante del vagón, y corrieron adelante donde eran más ruidosos los tiros y los disparos.

Habían comprendido que el tren era atacado por una banda de sioux.

Estos sioux estaban armados de fusiles. De aquí las detonaciones, a que correspondían los viajeros, casi todos armados. Los indios habían comenzado por arrojar sobre la máquina. El maquinista y el fogonero habían sido ya casi magullados. Un jefe sioux, queriendo detener el tren, había abierto la introducción del vapor en lugar de cerrarla, y la locomotora, arrastrada, corría con una velocidad espantosa.

Al mismo tiempo los sioux habían invadido los vagones. El furgón de equipajes había sido saqueado, arrojando los bultos a la vía. La gritería y los tiros no cesaban.

Sin embargo, los viajeros se defendían con valor. Ciertos vagones sostenían, por medio de barricadas, un verdadero fuertes ambulantes.

Desde el principio del ataque, mistress Aouda se había conducido valerosamente. Con revólver en mano, se defendía heroicamente; tirando por entre los cristales rotos, cuando asomaba algún salvaje. Unos veinte sioux, heridos de muerte, habían caído a la vía, y las ruedas de los vagones aplastaban a los que se caían sobre los rieles desde las plataformas.

Varios viajeros, gravemente heridos de bala o de rompecabezas, yacían sobre las banquetas.

Era necesario acabar. La lucha llevaba diez minutos de duración, y tenía que terminar en ventaja de los sioux si el tren no se paraba. En efecto, la estación de Fuerte Kearney no estaba más que a dos millas de distancia, y una vez pasado el fuerte y la estación siguiente, los sioux serían dueños del tren.

El conductor se batía al lado de mister Fogg, cuando una bala lo alcanzó. Al caer exclamó:

—¡Estamos perdidos si el tren tarda cinco minutos en pararse!

—¡Se parará! —dijo Phileas Fogg, que quiso echarse fuera del vagón.

—Estad quieto, señor —le gritó Passepartout. Yo me encargo de ello.

Phileas Fogg, no tuvo tiempo de detener al animoso muchacho, que, abriendo una portezuela, consiguió deslizarse debajo del vagón, recobrando su agilidad y flexibilidad de clown, arrastrándose colgado por debajo de los coches, y llegó a la parte delantera del tren sin haber podido ser visto.

Allí, colgado por una mano desenganchó con la otra las cadenas de seguridad; pero a consecuencia de la tracción, no hubiera conseguido desenroscar la barra de enganche, si un sacudimiento que la máquina experimentó, no la hubiera hecho saltar, de modo que el tren, desprendido, se fue quedando atrás, mientras que la locomotora huía con mayor velocidad.

El tren corrió aún durante algunos minutos; pero los frenos se manejaron bien, y el convoy se detuvo, al fin, a menos de cien pasos de la estación de Kearney.

Allí, los soldados del fuerte, atraídos por los disparos, acudieron apresuradamente. Los sioux huyeron.

Pero cuando los viajeros se contaron en el andén de la estación, reconocieron que faltaban algunos, y entre otros el valiente francés, cuyo valor acababa de salvarlos.

Capítulo XXX

Tres viajeros, incluido Passepartout, habían desaparecido. ¿Los habían muerto en la lucha? ¿Estarían prisioneros de los sioux? No podía saberse todavía.

Los heridos eran bastantes numerosos. Uno de los más graves era el coronel Proctor, que se había batido valerosamente, recibiendo un balazo en la ingle. Fue trasladado a la estación con otros viajeros.

Mistress Aouda estaba a salvo, Phileas Fogg, que no había sido de los menos ardientes en la lucha, salió sin un rasguño. Fix estaba herido en el brazo, pero levemente. Pero Passepartout faltaba, y los ojos de la joven Aouda vertían lágrimas.

Mister Fogg permanecía quieto y cruzado de brazos. Tenía que adoptar una grave resolución.

—Lo encontraré vivo o muerto —dijo sencillamente a mistress Aouda.

—¡Ah! ¡Mister... mister Fogg! —exclamó la joven, asiendo las manos de su compañero bañándolas de lágrimas.

—¡Vivo —añadió mister Fogg—, si no perdemos un minuto!

Con esta resolución, Phileas Fogg se sacrificaba por entero. Acababa de pronunciar su ruina. Un día tan sólo de atraso, le hacía faltar a la salida del vapor en Nueva York, y perdía la apuesta irrevocablemente; pero no vaciló ante la idea de cumplir con su deber.

El capitán que mandaba el fuerte Kearney estaba allí. Sus soldados, un centenar de hombres, se habían puesto a la defensiva.

—Señor —dijo mister Fogg al capitán—, tres viajeros han desaparecido.

—¿Muertos? —preguntó el capitán.

—Muertos o prisioneros —respondió Phileas Fogg—. Esta es una incertidumbre que debemos aclarar. ¿Tenéis intención de perseguir a los sioux?

—Esto es grave —dijo el capitán—. ¡Estos indios pueden huir hasta más allá de Arkansas! No puedo abandonar el fuerte que me está confiado.

—Señor —repuso Phileas Fogg—, se trata de la vida de tres hombres.

—Sin duda... pero ¿puedo arriesgar la de cincuenta para salvar tres?

—Yo no sé si podéis, pero debéis hacerlo.

—Caballero —respondió el capitán—, nadie tiene que enseñarme cuál es mi deber.

—Sea —dijo con frialdad Phileas Fogg—. ¡Iré solo!

—¡Vos, señor! —exclamó Fix—. ¿Iréis solo en persecución de los sioux?

—¿Queréis, entonces, que deje perecer a ese infeliz a quienes todos los que están aquí deben la vida? iré.

—Pues bien; ¡no iréis solo! —exclamó el capitán, conmovido a pesar suyo—. ¡No! Sois un corazón valiente. ¡Treinta hombres voluntarios! —añadió, volviéndose hacia los soldados.

Toda la compañía avanzó en masa. El capitán tuvo que elegir treinta soldados, poniéndolos a las órdenes de un viejo sargento.

—¡Gracias, capitán! —dijo mister Fogg.

—¿Me permitiréis acompañaros? —preguntó Fíx al *gentleman*.

—Como gustéis, caballero —le respondió Phileas Fogg—; pero si queréis prestarme un servicio, os quedaréis junto a mistress Aouda; y en el caso de que me suceda algo...

Una palidez súbita invadió el rostro del inspector de policía. ¡Separarse del hombre a quien había seguido paso a paso y con tanta persistencia! ¡Dejarlo, aventurarse así en el desierto! Fix miró con atención al *gentleman* y a pesar de sus prevenciones bajó la vista ante aquella mirada franca y serena.

—Me quedaré —dijo—.

Algunos instantes después, mister Fogg, después de estrechar la mano de la joven y entregarle su precioso saco de viaje, partía con el sargento y su reducida tropa, diciendo a los soldados:

—¡Amigos míos, hay mil libras para vosotros, si salváis a los prisioneros!

Eran las doce y algunos minutos.

Mistress Aouda se había retirado a un cuarto de la estación, y allí sola aguardó, pensando en Phileas Fogg, en su sencilla generosidad y en su sereno valor. Phileas era un héroe ante ella.

El inspector Fix no pensaba del mismo modo, y no podía contener su agitación. Estaba arrepentido de haberse dejado subyugar en el primer momento por mister Fogg, y comprendía la necedad en que había incurrido dejándolo marchar.

—¡He sido inepto! —decía para sí—. ¡El otro te habrá dicho quién era yo! ¡Ha partido y no volverá! ¿Dónde apresararlo ahora? ¡Decididamente soy un animal!

A las dos de la tarde, mientras que la nieve caía a grandes copos, se oyeron unos silbidos procedentes del Este. Sin embargo, ningún tren de la parte del Este era esperado todavía. No tardó en saberse lo que era. La locomotora desprendida del tren que una vez parada y el maquinista y fogonero recuperados los sentidos de un prolongado desmayo habían regresado a la estación en busca del tren.

Fue para los viajeros gran satisfacción el ver que la locomotora se ponía a la cabeza del tren. Iban a poder continuar su viaje, tan desgraciadamente interrumpido.

Al llegar la máquina, mistress Aouda preguntó al conductor:

— ¿Vais a marchar?

—Al momento, señora.

—Pero esos prisioneros... nuestros desventurados compañeros...

—No puedo interrumpir el servicio —respondió el conductor—. Ya llevamos tres horas de atraso.

— ¿Y cuándo pasará el otro tren procedente de San Francisco?

—Mañana por la tarde, señora.

— ¡Mañana por la tarde! Pero ya no será tiempo. ¡Es preciso aguardar!

—Imposible. Si queréis partir, al coche.

—No marcharé —respondió la joven.

Fix había oído la conversación. Algunos momentos antes, cuando todo medio de locomoción le faltaba, estaba decidido a marchar; y ahora, que el tren estaba allí y no tenía más que ocupar su asiento, le retenía un irresistible impulso.

El inspector Fix se quedó.

Algunas horas transcurrieron. El tiempo era muy malo y el frío excesivo. Fix, sentado en un banco de la estación, permanecía inmóvil. Mistress Aouda, a pesar de la nevada, salía a cada momento del cuarto que estaba a su disposición.

Llegó la noche, y el destacamento no había regresado. ¿Dónde estaría? ¿Había alcanzado a los indios? El capitán del fuerte Kearney estaba muy inquieto, si bien procuraba disimularlo.

Así transcurrió la noche. Al alba, sonaron unos tiros. ¿Era esto una señal? Los soldados salieron afuera del fuerte, y a media milla vieron una pequeña partida que venía en buen orden.

Mister Fogg iba a la cabeza, y junto a él estaban Passepartout y los otros dos viajeros, librados de entre las manos de los sioux.

Había habido combate a diez millas al sur de Kearney. Pocos momentos antes de la llegada del destacamento, Passepartout y los dos compañeros estaban luchando con sus guardianes, y el francés había ya derribado tres a puñetazos, cuando su amo y los soldados se precipitaron en su auxilio.

Todos, salvadores y salvados, fueron acogidos con gritos de alegría, y Phileas Fogg distribuyó a los soldados la prima que les había prometido, mientras que Passepartout repetía, no sin alguna razón:

—¡Decididamente, es preciso reconocer que cuesto muy caro a mi amo!

Fix, sin pronunciar una palabra, miraba a mister Fogg, y hubiera sido difícil analizar las impresiones que luchaban en su interior. En cuanto a mistress Aouda, había tomado la mano del *gentleman* y la estrechaba con las suyas sin poder pronunciar una palabra.

—Y el tren siguiente, ¿cuándo pasa? —preguntó mister Fogg.

—Esta noche.

—¡Ah! —dijo simplemente el impasible *gentleman*.

Capítulo XXXI

Phileas Fogg acumulaba un retraso de veinticuatro horas y Passepartout causa involuntaria de esta tardanza, estaba desesperado. Había arruinado indudablemente a su amo.

En aquel momento, el inspector se acercó a mister Fogg, y mirándole bien enfrente, le preguntó:

—Con formalidad, señor Fogg; ¿tenéis prisa?

—Con mucha formalidad —respondió Phileas Fogg.

—Insisto —repuso Fix. ¿Tenéis verdadero interés en estar en Nueva York el 11, antes de las nueve de la noche, hora de salida del vapor de Liverpool?

—El mayor interés.

—Bien. Tenéis ahora veinte horas de atraso. Se podría acortar esta diferencia. ¿Queréis intentarlo?

—¿A pie?

—No, en trineo de vela. Un hombre me ha propuesto este sistema de transporte.

Era el hombre que había hablado al inspector de policía durante la noche, y cuya oferta había sido desechada.

Allí, mister Fogg examinó un vehículo, parecía sólido y cabían cinco o seis personas. Durante el invierno, en la llanura helada, cuando los trenes se ven detenidos por las nieves, esos vehículos hacen travesías muy rápidas, de una a otra estación. Están, por lo demás, muy bien aparejados, quizá mejor que un balandro, que está expuesto a volcar, y con viento en popa corren por las praderas, con rapidez igual, si no superior a la de un expreso.

En pocos instantes se concluyó el trato entre mister Fogg y el patrón de esa embarcación terrestre. El viento era bueno. Soplaban del Oeste muy frescachón.

A las ocho, el trineo estaba dispuesto a marchar. Los viajeros, casi puede decirse los pasajeros, tomaron asiento, muy envueltos en sus mantas de viaje. Las dos inmensas velas estaban izadas, y al impulso del viento el vehículo corría sobre la endurecida nieve a razón de cuarenta millas por hora.

Manteniéndose el viento, esta distancia podía recorrerse en cinco horas, y no ocurriendo ningún incidente, el trineo debía estar en Omaha a la una de la tarde.

¡Qué travesía! Los viajeros, apiñados, no podían hablarse. El frío, acrecentado por la velocidad, les hubiera cortado la palabra. El trineo corría tan ligeramente sobre la superficie de la llanura, como un barco sobre las aguas, pero sin marejada.

—Si nada se rompe —dijo Mudge—, llegaremos.

Y Mudge tenía interés en llegar dentro del plazo convenido, porque mister Fogg, fiel a su sistema, lo había engolosinado con una crecida oferta.

En cuanto a Passepartout, aspiraba aquel aire penetrante, dando rienda a sus esperanzas con el fondo de imperturbable confianza que las distinguía. En vez de llegar por la mañana a Nueva York, se llegaría por la tarde, pero todavía existían probabilidades de que esto ocurriese antes de salir el vapor de Liverpool.

Mientras que cada uno de los viajeros se entregaba a reflexiones diversas, el trineo volaba sobre la inmensa alfombra de nieve, y si atravesaba algunos ríos, afluentes o subafluentes del Little-Blue, no se percataba nadie de ello. Los campos y los cursos de agua se igualaban bajo una blancura uniforme. El trineo llegó a la una de la tarde.

—Hemos llegado.

Ya se hallaban, pues, en aquella estación donde numerosos trenes comunicaban con la parte oriental de los Estados Unidos.

Passepartout y Fix habían saltado a tierra, y estiraban sus entumecidos miembros. Ayudaron a mister Fogg y a la joven a bajar del trineo. Phileas Fogg pagó generosamente a Mugde, a quien Passepartout estrechó amistosamente la mano, corriendo todos después a la estación de Omaha.

En la estación, montaron en un tren que salía en ese instante. No habían visto nada de Omaha; pero no era ver ciudades lo que importaba.

Con extraordinaria rapidez, el tren pasó el estado de Iowa, Durante la noche, cruzaba el Mississippi, en Davenport, y entraba por Rock-Island en Illinois. Al día siguiente, 10, a las cuatro de la tarde, llegaba a Chicago.

Chicago está a 900 millas de Nueva York, y allí no faltaban trenes, por lo cual pudo mister Fogg pasar inmediatamente de uno a otro a toda velocidad. Atravesó como un relámpago los Estados de Indiana, Ohio, Pensylvania y New Jersey, pasando por ciudades de nombres históricos, algunas de las cuales tenían calles y tranvías, pero no casas todavía. Por fin, apareció el Hudson, y el 11 de diciembre, a las once y cuarto de la noche, el tren se detenía en la estación, a la margen derecha del río. El "China", con destino a Liverpool, había salido cuarenta y cinco minutos antes.

Capítulo XXXII

Al partir el "China" se llevaba, al parecer, la última esperanza de Phileas Fogg.

En efecto, ninguno de los otros vapores que hacen el servicio directo entre América y Europa o bien no se dirigía a Liverpool o Londres, o bien partían días después.

Passepartout se sentía culpable pues en vez de ayudar a su amo, no había cesado de crearle obstáculos por el camino.

—Mañana veremos lo que se hace, venid —dijo Phileas Fogg.

Mister Fogg, mistress Aouda, Fix y Passepartout fueron al hotel San Nicolás, en Broadway. Tomaron unas habitaciones y descansaron cada uno lo que pudo.

La fecha del día siguiente era el 12 de diciembre. Desde el 12, a las siete de la mañana, hasta el 21, a las ocho y cuarenta y cinco minutos de la noche, quedaban nueve días, trece horas y cuarenta y cinco minutos.

Mister Fogg abandonó el hotel solo, se dirigió al Hudson, y entre los buques amarrados al muelle o anclados en el río, buscó cuidadosamente los que estaban listos para salir. Vio un buque mercante preparado y se dirigió hacia la "Enriqueta" vapor de casco de hierro con los altos de madera.

El capitán estaba a bordo. Phileas Fogg subió a cubierta y preguntó por él. El capitán se presentó en seguida. Era hombre de cuarenta años, especie de lobo de mar, con trazas de regañón y poco tratable.

—¿El capitán? — preguntó mister Fogg.

—Soy yo.

—Soy Phileas Fogg, de Londres.

—Y yo, Andrés Speedy, de Cardiff.

—¿Vais a salir?

—Dentro de una hora.

—¿Y para dónde?

—Para Burdeos.

—¿Tenéis pasajeros?

—No hay pasajeros. Nunca pasajeros.

—¿Queréis llevarme a Liverpool, a mí y a tres personas más?

—¡A Liverpool! ¿Por qué no a China?

—Digo Liverpool.

—No.

—¿No importa a qué precio?

—No importa el precio.

El capitán había hablado en un tono que no admitía réplica.

—Pero los armadores de la "Enriqueta"... —repuso Phileas Fogg.

—No hay más armadores que yo —respondió el capitán—. El buque me pertenece.

—Lo compro.

—No.

Phileas Fogg no pestañeó. Sin embargo, la situación era grave. Hasta entonces, el dinero del *gentleman* había vencido todos los obstáculos. Esta vez el dinero no daba resultado.

Era necesario, sin embargo, hallar el medio de atravesar el Atlántico. A pesar de todo, parece que a Phileas Fogg se le ocurrió una idea, puesto que dijo al capitán:

—Pues bien; os ofrezco dos mil dólares si me llevais a Burdeos.

— ¿Por persona?

—Por persona.

—¿Y sois cuatro?

—Cuatro.

El capitán Speedy comenzó a rascarse la frente, como si hubiese querido arrancarse la epidermis. Ocho mil dólares que ganar, sin modificar el viaje, valían bien la pena de dejar a un lado sus antipatías hacia todo pasajero, pasajeros a dos mil dólares, por otra parte, no son ya pasajeros, sino mercancía preciosa.

—Parto a las nueve —dijo nada más el capitán Speedy—, y si vos y los vuestros no estáis aquí...

—¡A las nueve estaremos a bordo! —respondió con no menos laconismo Phileas Fogg.

Eran las ocho y media. Desembarcar de la "Enriqueta", subir a un coche, dirigirse al hotel de San Nicolás, traer a Aouda, Passepartout y el inseparable Fix, a quien ofreció pasaje "gratis" todo lo hizo el *gentleman* con la calma que no le abandonaba nunca.

En el momento en que la "Enriqueta" aparejaba, los cuatro estaban a bordo.

Capítulo XXXIII

Una hora después el vapor "Enriqueta" partía y corrió rápidamente hacia el Este.

Al día siguiente, 13 de diciembre, a mediodía, subió un hombre al puentecillo para tomar el timón. ¡Pudiera creerse que era el capitán Speedy! Nada de eso. Era Phileas Fogg.

El capitán Speedy, estaba buenamente encerrado con llave en su cámara, y prorrumpía en alaridos que denotaban una cólera bien perdonable, llevada al paroxismo.

Lo que había pasado era muy sencillo. Phileas Fogg quería ir a Liverpool, y el capitán había aceptado el pasaje para Burdeos, y a las treinta horas de estar a bordo, a golpes de billetes de banco, la tripulación, marineros y fogoneros, que estaba bastante disgustada con el capitán, le pertenecía. Por eso Phileas Fogg mandaba, en lugar del capitán Speedy, que estaba encerrado en su cámara, mientras que la "Enriqueta" se dirigía a Liverpool. Solamente que, al ver a Phileas Fogg maniobrar bien, se descubría que había sido marinero.

Por consiguiente, no alterándose el mar, ni saltando el viento al Este, ni sobreviniendo ninguna avería al buque, ni ningún accidente a la máquina, la "Enriqueta", en los nueve días, contados desde el 12 de diciembre al 21, podía salvar las tres mil quinientas millas que separan a Nueva York de Liverpool.

Durante los primeros días, la navegación se hizo en excelentes condiciones. El mar no estaba muy duro, y el viento parecía fijado al Nordeste; las velas se establecieron, y la "Enriqueta" marchaba como un verdadero transatlántico.

Fix, preciso es decirlo, no comprendía nada. La conquista de la "Enriqueta", la compra de su tripulación, ese Fogg maniobrando como un marino consumado, todo ese conjunto de cosas, lo aturdía. ¡Ya no sabía qué pensar! Y Fix acabó por

creer naturalmente que la "Enriqueta" dirigida por Fogg, no iba a Liverpool, sino a algún punto del mundo donde el ladrón, convertido en pirata, se pondría tranquilamente en seguridad.

En cuanto al capitán Speedy, seguía bramando en su cámara; y Passepartout, encargado de proveer a su sustento, no lo hacía sin tomar las mayores precauciones. Respecto de mister Fogg, ni aun tenía trazas de acordarse que hubiese un capitán a bordo.

El 13 doblaron la punta del banco de Terranova, paraje muy malo en invierno, sobre todo cuando las brumas son frecuentes y los chubascos temibles. Desde la víspera, se anunciaba marejada y la marcha se redujo. La brisa se iba convirtiendo en huracán.

Phileas Fogg era audaz marino, y como sabía hacer frente al mar, no perdió rumbo, ni aun disminuyó la fuerza del vapor. La "Enriqueta", cuando no podía elevarse sobre la ola, la atravesaba, y su puente quedaba barrido, pero pasaba. Algunas veces la hélice también salía fuera de las aguas, batiendo el aire con sus enloquecidas alas, cuando alguna montaña de agua levantaba la popa; pero el buque iba siempre avanzando.

El viento, del sureste no contribuía a ayudar al vapor. El 16 de diciembre no había todavía retraso de cuidado, porque era el día septuagésimo quinto desde la salida de Londres. La mitad de la travesía estaba hecha ya, y ya habían quedado atrás los peores parajes. En verano se hubiera podido responder del éxito, pero en invierno se estaba a merced de los temporales.

Precisamente aquel día, el maquinista tuvo sobre cubierta alguna conversación viva con mister Fogg.

—¿Estáis cierto de lo que aseguráis? —preguntó Fogg

—Seguro, señor. No olvidéis que, desde nuestra salida, estamos caldeando con todas las hornillas encendidas, y si tenemos bastante carbón para ir a poco vapor de Nueva York a Burdeos, no lo hay para ir a todo vapor de Nueva York a Liverpool.

—Resolveré —respondió mister Fogg.

Iba a faltar carbón.

—Activad los fuegos haciendo rumbo hasta agotar completamente el combustible —dijo Fogg

Algunos momentos después, la chimenea de la "Enriqueta" vomitaba torrentes de humo.

Siguió, pues, el buque marchando a todo vapor; pero dos días después, el 18, el maquinista dio parte, según lo había anunciado, que faltaría aquel día el carbón.

—Que no se amortigüen los fuegos —respondió Fogg—. Al contrario. Cárguense las válvulas.

Aquel día, a cosa de las doce, después de haber tomado altura y calculado la posición del buque, Phileas Fogg llamó a Passepartout y le dio orden de ir a buscar al capitán Speedy. Era esto como mandarle soltar un tigre, y bajó por la escotilla diciendo:

—Estará indudablemente hidrófobo.

En efecto, algunos minutos más tarde, llegaba a la toldilla una bomba con gritos e imprecaciones. Esa bomba era el capitán Speedy, y era claro que iba a estallar.

— ¿Dónde estamos?

Tales fueron las primeras palabras que pronunció, entre la sofocación de la cólera.

—¿Donde estamos? —repitió con el rostro congestionado.

—A setecientas setenta millas de Liverpool —respondió mister Fogg, con imperturbable calma.

—¡Pirata! —exclamó Andrés Speedy.

—Os he hecho venir para...

—¡Filibustero!

—Para rogaros que me vendáis vuestro buque.

—¡No, por mil pares de demonios, no!

—¡Es que voy a tener que quemarlo!

—¡Quemar mi buque!

—Sí, todo lo alto, porque estamos sin combustible.

—¡Quemar mi buque! ¡Un buque que vale cincuenta mil dólares!

—Aquí tenéis sesenta mil —respondió Phileas Fogg, ofreciendo al capitán un paquete de billetes.

Esto hizo un efecto prodigioso sobre Andrés Speedy. No se puede ser americano sin que la vista de sesenta mil dólares cause alguna sensación. El capitán olvidó por un momento la cólera, su encierro y todas las quejas contra el pasajero. ¡Su buque tenía veinte años, y este negocio podía hacerlo de oro! La bomba ya no podía estallar, porque mister Fogg te había quitado la mecha.

—¿Y me quedará el casco de hierro? —dijo el capitán con tono singularmente suavizado.

—El caso de hierro y la máquina. ¿Hecho?

—Hecho.

Y Andrés Speedy, tomando el paquete de billetes, los contó, haciéndolos desaparecer en el bolsillo.

Durante esta escena, Passepartout estaba descolorido. En cuanto a Fix, por poco le da un ataque. ¡Cerca de veinte mil libras gastadas, y aún dejaba Fogg al vendedor el casco y la máquina; es decir, casi el valor total del buque! Es verdad que la suma robada al Banco ascendía a cincuenta y cinco mil libras.

Después de haberse metido el capitán el dinero en el bolsillo, le dijo mister Fogg:

—No os asombréis de todo esto, porque habéis de saber que pierdo veinte mil libras si no estoy en Londres el 21 a las ocho y cuarenta y cinco minutos de la noche. No llegué a tiempo al vapor de Nueva York, y como os negabais a llevarme a Liverpool...

—Y bien hecho, por los cincuenta mil diablos del infierno —exclamó Andrés Speedy—, porque salgo ganando lo menos cuarenta mil dólares.

—Y luego añadió con más formalidad—: ¿sabéis una cosa, capitán...?

—Fogg.

—Capitán Fogg, hay algo de yanqui en vos.

Y después de haber tributado a su pasajero lo que él creía una lisonja, se marchaba, cuando Phileas Fogg le dijo:

—Ahora, ¿este buque me pertenece?

—Seguramente; desde la quilla a la punta de los palos; pero todo lo que es de madera, se entiende.

—Bien; que arranquen todos los aprestos interiores, y que se vayan echando a la hornilla.

Júzguese la mucha leña que debió gastar para conservar el vapor con suficiente presión. Aquel día, la toldilla, la carroza, los camarotes, el entrepuente, todo fue a la hornilla.

Al día siguiente, 19, se quemaron los palos, las piezas de respeto, las berlingas. La tripulación empleaba un celo increíble en hacer leña. Passepartout, rajando, cortando y serrando, hacía el trabajo de cien hombres. Era un furor de demolición.

Al día siguiente, 20, los parapetos, los empavesados, las obras muertas, la mayor parte del puente fueron devorados. La "Enriqueta" ya no era más que un barco raso, como el del pontón.

Pero aquel día se divisó la costa irlandesa y el faro de Falsenet.

Sin embargo, a las diez de la noche, el buque no se encontraba aún más que enfrente de Queenstown. ¡Faltaban veinticuatro horas para el plazo, y era precisamente el tiempo que se necesitaba para llegar a Liverpool, aun marchando a todo vapor, el cual iba a faltar también!

—Señor —le dijo entonces el capitán Speedy, que había acabado por interesarse en sus proyectos—, siento mucho lo que os sucede. Todo conspira contra vos. Todavía no estamos más que a la altura de Queenstown.

—¡Ah! —dijo mister Fogg—, ¿es Queenstown esa población que divisamos?

—Sí.

—¿Podemos entrar en el puerto?

—Antes de tres horas no. Sólo en pleamar.

—¡Aguardemos! —respondió tranquilamente Phileas Fogg, sin dejar de ver en su semblante que, por una suprema inspiración, iba a procurar vencer la última probabilidad contraria.

En efecto, Queenstown es un puerto de la costa irlandesa, en el cual los trasatlánticos de los Estados Unidos dejan pasar la valija del correo. Las cartas se llevan a Dublín por un expreso siempre dispuesto, y de Dublín llegan a Liverpool por vapores de gran velocidad, adelantando doce horas a los rápidos buques de las compañías marítimas.

A la una de la mañana, la "Enriqueta" entraba con la pleamar en el puerto de Queenstown, y Phileas Fogg, después de haber recibido un apretón de manos del capitán Speedy, lo dejaba en el casco raso de su buque, que todavía valía la mitad de lo recibido.

Los pasajeros desembarcaron al punto. Fix tuvo entonces intención decidida de prender a mister Fogg, y, sin embargo, no lo hizo. ¿Por qué? ¿Existían dudas en su ánimo? ¿Reconocía, al fin, que se había engañado?

Sin embargo, Fix no abandonó a mister Fogg. Con él, con mistress Aouda, con Passepartout, que no tenía tiempo de respirar, subía al tren de Queenstown, a la una y media de la mañana, llegaba a Dublín al amanecer, y se embarcaba en uno de esos vapores de acero, todo máquina, que desdeñándose subir con las olas, pasan invariablemente al través de ellas.

A las doce menos veinte, el 21 de diciembre, Phileas Fogg desembarcaba, por fin, en el muelle de Liverpool. Ya no estaba más que a seis horas de Londres.

Pero en aquel momento, Fix se acercó, le puso la mano en el hombro, y exhibiendo su mandamiento, le dijo:

— ¿Sois mister Fogg?

—Sí, señor.

— ¡En nombre de la Reina, os prendo!

Capítulo XXXIV

Phileas Fogg estaba preso. ¡A seis horas de llega a Londres! Lo habían encerrado en la aduana de Liverpool, donde debía pasar la noche, aguardando su traslado a Londres.

En el momento de la prisión, Passepartout había querido arrojar sobre el inspector, pero fue detenido por unos agentes de policía.

Mientras Mister Fogg permanecía inmóvil y sentado en un banco de madera, imperturbable y sin cólera. No era fácil asegurar si estaba resignado; pero este último golpe no lo había tampoco conmovido, al menos en apariencia.

La situación era terrible, y para quien no podía leer en su conciencia, se resumía así:

En el caso de ser hombre de bien, Phileas Fogg estaba arruinado.

En el caso de ser ladrón, estaba perdido.

A las dos y treinta y tres minutos se escuchó ruido afuera y un estrépito de puertas que se abrían. Se oía la voz de Passepartout y de Fix.

La mirada de Phileas Fogg brilló un instante.

Fix estaba desalentado, con el pelo en desorden y sin poder hablar.

—¡Señor... —dijo tartamudeando—, señor... perdón... una semejanza deplorable... Ladrón preso hace tres días... vos—... libre!

¡Phileas Fogg estaba libre! Se fue hacia el "detective", lo miró de hito en hito, y ejecutando el único movimiento rápido que en toda su vida había hecho, echó sus brazos atrás, y luego, con la precisión de un autómatas, golpeó con sus dos puños al desgraciado inspector.

—¡Bien aporreado! —exclamó Passepartout.

Fix, derribado por el suelo, no pronunció una palabra, pues no le había dado más que su merecido; y entretanto, mister Fogg, mistress Aouda y Passepartout salieron de la aduana, se metieron en un coche y llegaron a la estación.

La distancia que hay entre Liverpool y Londres debía correrse en cinco horas y media, cosa muy fácil estando la vía libre; pero hubo atrasos forzosos, y cuando el *gentleman* llegó a la estación, todos los relojes de Londres señalaban las nueve menos diez.

¡Phileas Fogg, después de haber dado la vuelta al mundo, llegaba con un atraso de cinco minutos.

Había perdido.

Capítulo XXXV

Después de haber salido de la estación. Phileas Fogg había dado a Passepartout la orden de comprar algunas provisiones y había entrado en su casa.

Este *gentleman* había recibido con su habitual impasibilidad el golpe que lo hería. ¡Arruinado! ¡Y por culpa de ese torpe inspector de policía!

Passepartout subió a su cuarto y apagó el gas, que había estado ardiendo durante ochenta días.

Al día siguiente, mister Fogg lo llamó y le recomendó, en breves, y concisas palabras, que se ocupase del almuerzo de Aouda, pues él tendría bastante con una taza de té y una tostada, y que la joven le dispensara por no poderla acompañar tampoco a la comida pues tenía que consagrar todo su tiempo a ordenar sus asuntos. Sólo por la noche tendría un rato de conversación con mistress Aouda.

A cosa de las siete y media de la tarde, mister Fogg hizo preguntar a mistress Aouda, si lo podía recibir, y algunos instantes después, la joven y él estaban solos en el cuarto de ésta.

Phileas Fogg tomó una silla y se sentó junto a la chimenea. Estuvo sin hablar cinco minutos, y luego, elevando su vista hacia Aouda, le dijo:

—Señora, ¿me perdonaréis el haberos traído a Inglaterra?

—¡Yo, mister Fogg! —respondió Aouda, comprimiendo los latidos de su corazón.

—Permitidme acabar. Cuando tuve la idea de llevaros lejos de aquella región tan peligrosa para vos, yo era rico, y esperaba poner una parte de mi fortuna a vuestra disposición. Vuestra existencia hubiera sido feliz y libre. Ahora estoy arruinado.

—Lo sé, mister Fogg, y a mi vez os pregunto si me perdonáis el haberos seguido, y, ¿quién sabe? El haber contribuido, quizá, a vuestra ruina, atrasando vuestro viaje.

—Señora, no podíais permanecer en la India, y vuestra salvación no quedaba asegurada sino alejándoos bastante para que aquellos fanáticos no pudieran apresaros de nuevo.

—Así, pues, mister Fogg, no satisfecho con librarme de una muerte horrible, ¿os creíais obligado, además, a asegurarme una posición en el extranjero?

—Sí, señora. Pero los sucesos me han sido contrarios. Sin embargo, os pido que me permitáis disponer en vuestro favor de lo poco que me queda.

—Y vos, ¿qué vais a hacer?

—Yo, señora, no necesito nada —dijo con frialdad el *gentleman*.

—La miseria no puede cebarse en un hombre como vos. Vuestros amigos...

—No tengo amigos, señora.

—Vuestros parientes...

—No tengo parientes.

—Entonces, os compadezco, mister Fogg, porque el aislamiento es cosa bien triste. Se dice que la miseria entre dos es soportable.

—Así lo dicen, señora.

—Mister Fogg —dijo entonces Aouda, levantándose y dando su mano al *gentleman*—; ¿queréis tener a un tiempo pariente y amiga? ¿Me queréis para mujer?

Mister Fogg, al oír esto, se levantó. Había en sus ojos un reflejo insólito y una especie de temblor en los labios. Aouda le estaba mirando. La sinceridad, la rectitud, la firmeza y suavidad de esta mirada de una noble mujer que se atreve a todo para salvar a quien se lo ha dado todo, le admiraron primero y después lo cautivaron.

—Os amo; en verdad, por todo lo que hay de más sagrado en el mundo, os amo y soy todo vuestro.

—¡Ah! —exclamó mistress Aouda, llevando la mano al corazón.

Llamaron a Passepartout, y cuando se presentó, mister Fogg tenía aún entre sus manos la de mistress Aouda, Passepartout comprendió, y su ancho rostro se tomó radiante como el sol. Mister Fogg le preguntó si no sería tarde para avisar al reverendo Samuel Wilson.

Passepartout, con la mejor sonrisa del mundo, dijo:

—Nunca es tarde.

Eran las ocho y cinco minutos.

—¿Será para mañana, lunes? —preguntó Passepartout.

—¿Para mañana, lunes? —dijo Fogg, mirando a la joven Aouda.

—Para mañana, lunes —respondió la joven.

Y Passepartout echó a correr.

Capítulo XXXVI

A las ocho y treinta y cinco, Passepartout salía de casa del reverendo. ¡Pero en qué estado! El pelo desordenado, sin sombrero, corriendo como nunca había corrido hombre alguno, derribando a los transeúntes y precipitándose como una tromba en las aceras.

En tres minutos llegó a la casa de Saville Row, y caía sin aliento en el cuarto de mister Fogg.

—Señor... —tartamudeó Passepartout—, casamiento... imposible.

—¡Imposible!

—Imposible... para mañana.

—¿Por qué?

—¡Porque mañana... es domingo!

—Lunes —respondió mister Fogg.

—No... hoy... sábado.

—¿Sábado? ¡Imposible!

—¡Sí, sí, sí, —exclamó Passepartout—. ¡Os habéis equivocado en un día! ¡Hemos llegado con veinticuatro horas de adelanto... pero ya no quedan más que diez minutos!

Passepartout había tomado a su amo por el cuello, y lo impelía con fuerza irresistible.

Phileas Fogg, así llevado, sin tener tiempo de reflexionar, salió de su casa, prometió cien libras al cochero, y a toda prisa llegó al Reform-Club.

El reloj señalaba las ocho y cuarenta y cinco minutos cuando apareció en un gran salón.

¡Phileas Fogg había cumplido la vuelta al mundo en ochenta días!

¡Phileas Fogg había ganado la apuesta de veinte mil libras!

¿Y cómo, siendo tan exacto y minucioso, había podido cometer el error de un día? ¿Cómo se creía en sábado 21 de diciembre, cuando había llegado a Londres en viernes 20, setenta y nueve días después de su salida?

He aquí el motivo de este error. Es muy sencillo.

Phileas Fogg, sin sospecharlo, había ganado un día en su itinerario; y esto porque había dado la vuelta al mundo yendo hacia Oriente, pues lo hubiera perdido yendo en sentido inverso, es decir, hacia Occidente.

En efecto, marchando hacia Oriente, Phileas Fogg iba al encuentro del sol, y por consiguiente, los días disminuían para él tantas veces cuatro minutos como grados recorría. Hay 360 grados en la circunferencia, los cuales, multiplicados por cuatro minutos, dan precisamente veinticuatro horas, es decir, el día inconscientemente ganado. Por eso aquel mismo día, que era sábado, y no domingo, como lo creía mister Fogg, lo esperaban los de la apuesta en el salón del Reform-Club. Y esto es lo que el famoso reloj de Passepartout, que siempre había conservado la hora de Londres, hubiera acusado, si al mismo tiempo que las horas y minutos hubiese marcado los días.

Phileas Fogg había ganado, pues, las veinte mil libras; pero como había gastado en el camino unas diez y nueve mil, el resultado pecuniario no era gran cosa. Sin embargo, como se ha dicho, el excéntrico *gentleman* no había buscado en esta apuesta más que la lucha y no la fortuna. Y aun distribuyó las mil libras que le sobraban entre Passepartout y el desgraciado Fix, contra quien era incapaz de conservar rencor. Sólo que, para formalidad, descontó a su criado el precio de las mil novecientas horas de gas gastado por su culpa.

Aquella misma noche, mister Fogg, impasible dijo a mistress Aouda:

— ¿Os conviene aún el casamiento, señora?

—Mister Fogg —respondió mistress Aouda—, a mí es a quien toca haceros la pregunta. Estabais arruinado, y ya sois rico.

—Dispensad, señora, esa fortuna os pertenece. Sin la idea de ese matrimonio, mi criado no habría ido a casa del reverendo Samuel Wilson, no se hubiera descubierto el error, y...

—Mi querido Fogg —dijo la joven.

—Mi querida Aouda —respondió Phileas Fogg.

Bien se comprende que el casamiento se hizo cuarenta y ocho horas más tarde; y Passepartout, engraido, resplandeciente, deslumbrador, figuró en él como testigo de la novia. ¿No la había él salvado y no le debía esa honra?

Al día siguiente, al amanecer Passepartout llamó con estrépito a la puerta de su amo.

—¿Qué hay, Passepartout? —pregunto Mister Fogg

—Lo que hay, señor, es que acabo de saber ahora mismo...

—¿Qué?

—Que podíamos haber dado la vuelta al mundo en setenta y nueve días.

—Sin duda —respondió mister Fogg—, no atravesando el Indostán; pero entonces no hubiera salvado a mistress Aouda, no sería mi mujer, y...

Y mister Fogg cerró tranquilamente la puerta.

Así, pues, la apuesta estaba ganada. El excéntrico caballero había desplegado en este negocio sus cualidades de serenidad y exactitud. Pero, ¿qué había ganado con esa excursión? ¿Qué había traído de su viaje?

Nada, se dirá, a no ser una linda mujer, que, por inverosímil que parezca, le hizo el más feliz de los hombres.

Y en verdad, ¿no se daría por menos que eso la vuelta al mundo?

FIN